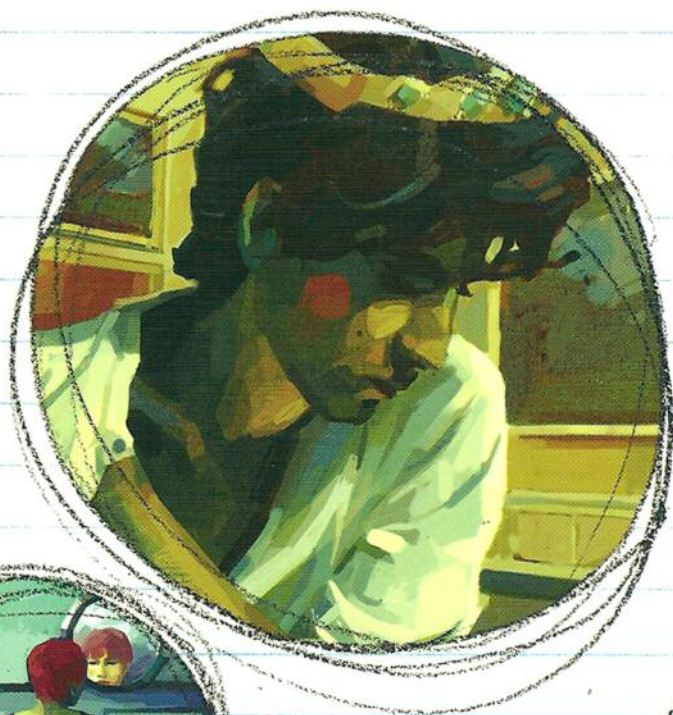


EL PÁJARO VERDE

Y OTROS CUENTOS

JUAN VALERA

Adaptación de Federico Villalobos



Clásicos escolares

EL PÁJARO VERDE

Y OTROS CUENTOS

JUAN VALERA

Adaptación de FEDERICO VILLALOBOS

Ilustraciones: María Simó



© Adaptación del texto: Federico Villalobos

© Ilustraciones: María Simó

© Edición: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía

Coordinan: Dirección General de Ordenación y Evaluación Educativa y
Asociación de Editores de Andalucía (Alicia Muñoz)

Diseño gráfico: Forma Comunicación

Edición NO VENAL

Depósito legal: MA-886-2010

Impreso en España

IMAGRAF IMPRESORES - Málaga

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Para fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org).

ÍNDICE

El pájaro verde	7
El espejo de Matsuyama	35
El pescadorcito Urashima	40
El hechicero	44
El Caballero del Azor	69
La muñequita	80
La Reina Madre.....	88
El Señor Nichtverstehen.....	96
El cocinero del arzobispo	101
Quien no te conozca, que te compre	103
Las castañas	106
La col y la caldera	107
Milagro de la dialéctica	109
A quién debe darse crédito	110

EL PÁJARO VERDE

1

Hubo en Oriente, en una época ya muy lejana, un poderoso rey amado por todos sus súbditos que gobernaba un extenso, rico y poblado reino. Poseía inmensos tesoros, un gran ejército y una flota que recorría triunfalmente el océano. Sus palacios, en los que daba espléndidas fiestas, encerraban toda clase de riquezas. Eminentes cocineros y reposteros, dueños de un profundo saber culinario, se ocupaban de alimentar su cuerpo, y filósofos y poetas no menos eminentes y profundos proporcionaban alimento a su espíritu.

7

Con toda razón, los súbditos de este rey le llamaban el Venturoso. Durante su reinado las cosas siempre habían ido de bien en mejor. Su vida había estado tejida con el hilo de la felicidad, una felicidad sólo empañada por la temprana muerte de su esposa. El rey, que la amaba con todo su corazón, lloró mucho su pérdida, más aún porque su gran amor por ella fue la causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel lejano país que el rey llevaba siete años de matrimonio sin lograr el heredero que tanto deseaba. Un día tuvo que partir con su ejército a una guerra en un país vecino.

Cuando fue a despedirse de su esposa, ésta lo abrazó cariñosamente y le dijo al oído:

—No se lo digas a nadie, por si mis esperanzas no se cumplen, pero creo que estoy embarazada.

La alegría del rey fue enorme, y como al que está alegre todo le sale bien, venció a sus enemigos, se deshizo de tres o cuatro reyes que le habían jugado alguna mala pasada y regresó al cabo de unos meses cargado de botín y de gloria.

En el mismo momento en que el rey atravesaba la capital en medio de jubilosas aclamaciones y repicar de campanas, la reina dio a luz. ¡Qué inmensa fue la alegría de su majestad cuando, al entrar en la cámara real, el comadrón mayor le presentó una hermosa princesa recién nacida! El rey besó a su hija y, lleno de gozo, se dirigió al cuarto de la reina. Ésta estaba en la cama, tan colorada, fresca y bonita como una rosa.

8

—¡Esposa mía! —exclamó el rey, y la estrechó entre sus brazos.

Era un hombre muy robusto, y fue tanta la pasión con que abrazó a su esposa que, sin quererlo, la ahogó.

El rey se puso a gritar y a llamarse a sí mismo animal. Pero sus grandes muestras de dolor no pudieron resucitar a su esposa, en cuyos labios todavía se dibujaba una amorosa sonrisa.

Tres años estuvo la corte de luto por la reina.

El rey juró que jamás se volvería a casar, y así lo cumplió. La reina se le aparecía en sueños para decirle que estaba con Dios y que no debía sentirse triste. Mientras, la princesita crecía y llenaba a todos de contento por su belleza y su inteligencia.

Como no hay mal que cien años dure, al cabo de algún tiempo el rey se sacudió la melancolía y volvió a sentirse tan afortunado como antes. Y cuando la princesa Venturosa cumplió quince años, la nombró heredera del trono y trató de encontrarle un marido.

Quinientos mensajeros salieron de la capital hacia otras tantas cortes, con una invitación a todos los príncipes para que acudiesen a pretender la mano de la princesa, que escogería entre ellos al que más le gustase. Como su belleza era ya famosa en todo el mundo, no hubo príncipe que no se decidiera a ir a la capital del rey Venturoso tan pronto como le llegó la invitación.

Uno tras otro, los príncipes fueron llegando a la corte al frente de majestuosas comitivas. Eran dignos de ver los festejos que se organizaron en el palacio real. Los príncipes competían en escribir versos y en dar serenatas, y se enfrentaban en carreras y torneos para ganarse el amor de la princesa Venturosa. Pero ésta, que era bastante arisca y difícil de contentar, los desdeñaba a todos. Unos le parecían simplones, otros vanidosos, y de otros pensaba que sólo codiciaban las riquezas de su padre.

Así que ni escuchaba sus serenatas ni agradecía sus versos, y apenas se dignaba mirar sus demostraciones de fuerza y de destreza. Todos los regalos que los príncipes le habían traído se amontonaban en un desván de palacio.

Sólo uno de ellos, el hijo del kan de Tartaria, escapaba a su indiferencia, pero no porque la princesa le tuviese algún aprecio, sino todo lo contrario. Era un joven espantosamente feo, pequeño y rechoncho, aunque muy fuerte. Tenía un ingenio retorcido que utilizaba para burlarse de todo el mundo, incluso de las personas más inofensivas. La princesa lo detestaba.

10 De modo que así estaban las cosas en la corte del rey Venturoso: las fiestas cada día eran más brillantes, los príncipes se desesperaban por no ser queridos, el rey rabiaba al ver que su hija no se decidía y la princesa Venturosa no hacía caso a ninguno salvo al príncipe tártaro, pero sólo para demostrarle lo mucho que lo aborrecía.

2

Una bonita mañana de primavera, la princesa Venturosa estaba en su tocador con su doncella favorita, que le peinaba los largos y suaves cabellos. Las puertas del balcón estaban abiertas y dejaban entrar



un vientecillo fresco, y con él, el aroma de las flores del jardín.

Ya iba la doncella a enlazar con un cordón la dorada cabellera de su señora, cuando de repente entró por el balcón un precioso pájaro cuyo brillante plumaje parecía de esmeralda. El ave se lanzó rápidamente sobre la doncella, le arrebató el cordón y salió volando del tocador.

Todo sucedió en un instante. La princesa apenas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento y su belleza le causaron una extraña impresión.

Pocos días después, mientras danzaba con sus doncellas en el jardín para deleite de los príncipes, la princesa notó que se le soltaba una liga. Suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo a un bosquecillo cercano para volver a atársela. Ya había estirado la blanca media de seda y se disponía a sujetarla de nuevo con la liga, cuando de pronto oyó un batir de alas y vio que el pájaro verde venía hacia ella. El ave le arrebató la liga con su pico de marfil y luego desapareció.

La princesa dio un grito y cayó desmayada. Cuando volvió en sí, lo primero que dijo fue:

—¡Que me busquen el pájaro verde! ¡Que me lo traigan vivo! ¡Quiero tener el pájaro verde!

En vano lo buscaron el rey y los pretendientes. Y a pesar de que, desoyendo el deseo de la princesa de capturarlo vivo, soltaron contra él halcones, azores y hasta águilas domesticadas, el pájaro verde no apareció.

Al ver que su deseo de poseerlo no se cumplía, el mal humor de la princesa aumentó. Aquella noche no pudo dormir. Y al día siguiente, en cuanto amaneció, fue en camisión con su doncella al bosquecillo donde, a espaldas del palacio, se hallaba la tumba de su madre. Allí se puso a llorar y a lamentarse.

—¿De qué me sirven —decía— mis riquezas, mis pretendientes y mi reino, si no te tengo a ti, madre mía? ¿De qué me sirven mis joyas y mis alhajas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Buscando consuelo, sacó un medallón que llevaba junto a su pecho, en el que conservaba un rizo de su madre. Apenas había empezado a besarlo cuando acudió el pájaro verde más rápido que nunca, tocó con su pico de marfil los labios de la princesa y le arrebató el medallón. Un instante después se perdió entre las nubes.

Esta vez la princesa no se desmayó, sino que se puso muy colorada y le dijo a la doncella:

—Mírame los labios. Ese pájaro insolente ha debido de herirme, porque me arden.

La doncella no notó ninguna picadura alguna. Pero, sin duda, el pájaro verde debía de haber puesto algo de veneno en los labios de su señora, porque a partir de aquel momento la princesa se fue desmejorando cada vez más hasta caer enferma, consumida por una extraña fiebre. Sólo hablaba para decir:

—¡Que no lo maten! ¡Que me lo traigan! ¡Quiero tenerlo!

Todos los médicos de palacio eran del mismo parecer: la princesa solo se curaría si le llevaban el pájaro verde. Pero nadie, ni siquiera los más hábiles cazadores, parecía capaz de capturarlo. El rey convocó entonces un gran congreso de sabios para que averiguasen a qué especie pertenecía aquel pájaro y dónde vivía.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, los sabios pronunciaron conferencias interesantísimas y mantuvieron debates muy animados, pero nada lograron averiguar.

14 —Señor —le dijeron finalmente al rey, postrándose ante él hasta tocar el suelo con la frente—, haz que nos ahorquen. Somos unos mentecatos, y toda nuestra ciencia es mentira. Ignoramos quién es el pájaro verde, aunque sospechamos que pueda tratarse del ave fénix de Arabia, que tiene su nido en el país de Saba.

—Levantaos —respondió el rey, magnánimo—. Os perdono y os agradezco esa indicación. Siete de vosotros partirán sin tardanza hacia Arabia con ricos presentes para la reina de Saba y con todo lo necesario para capturar pájaros vivos. Debéis traerme ese pájaro si no queréis despertar mi cólera.

Así pues, siete sapientísimos sabios elegidos por sus compañeros partieron inmediatamente hacia Arabia.

Al mismo tiempo, el príncipe de Tartaria envió cartas a su padre, que además de rey era el mago más famoso de la época, para consultarle sobre aquel extraño pájaro verde.

Entre tanto, la princesa seguía muy mal de salud, y lloraba lágrimas tan abundantes que cada día empapaba con ellas más de cincuenta pañuelos, con lo que las lavanderas de palacio no hacían otra cosa que ir a lavar al río.

3

Un día, al anochecer, una joven lavandera volvía de lavar los humedecidos pañuelos de la princesa. A medio camino de la ciudad, como se sentía algo cansada, se sentó al pie de un árbol para comerse una naranja. Iba a empezar a mondarla cuando de pronto la naranja se le escapó de las manos y echó a rodar velozmente cuesta abajo. La lavanderilla corrió tras ella, pero cuanto más corría, más se alejaba la naranja.

Sospechando que una fruta tan corredora no era cosa del todo natural, la muchacha se detuvo varias veces. Entonces la naranja también se detenía, como si invitase a su dueña a cogerla. Pero en cuanto ésta la rozaba con la punta de los dedos, la naranja se le escapaba otra vez y continuaba su carrera.

Concentrada en tan extraña persecución, la joven lavandera no se dio cuenta de que cada vez se adentraba más en un espeso bosque, hasta que de pronto la noche se le echó encima, oscura como la boca de un lobo. Entonces tuvo miedo y rompió a llorar. La oscuridad ya no le permitía ver la naranja, ni orientarse, ni encontrar el camino de vuelta.

Muerta de hambre y de cansancio, vagó por el bosque hasta que por fin distinguió unas luces muy brillantes. Pensando que eran las luces de la ciudad, dio gracias a Dios y caminó hacia ellas. Poco después se encontró ante las puertas de un suntuoso palacio dorado, tan brillante que, en comparación, el palacio del rey Venturoso parecía una pobre choza. No había allí guardias o porteros que impidiesen la entrada, así que, impulsada por el hambre, el cansancio y la curiosidad, atravesó el umbral, subió por una ancha y lujosa escalera y se puso a recorrer los salones más elegantes que uno pueda imaginar, sin encontrar a nadie.

Admirando los preciosos objetos que decoraban aquellos salones, la joven lavandera se dejó guiar por un delicioso olor. Así llegó a la cocina. Estaba tan desierta como el resto del palacio, pero había un gran número de ollas y cazuelas puestas al fuego. Destapó una de ellas, y vio una cabeza de jabalí deshuesada y rellena de pechugas de faisán y de trufas. Animada por la vista y por el olor, se armó de cuchillo y tene-

dor y se lanzó sobre aquel exquisito manjar, mas cuando iba a alcanzarlo notó que una mano invisible le daba un golpecito, y oyó una voz que le decía, tan cerca que pudo sentir el calor de su aliento:

—¡Tate, que es para mi señor el príncipe!

Tras reponerse de la sorpresa, se acercó a una cazuela con truchas asalmonadas, pensando que era un manjar menos principesco, pero de nuevo recibió un golpecito de la mano invisible, y la misteriosa voz repitió:

—¡Tate, que es para mi señor el príncipe!

Probó con otros platos, pero con cada uno de ellos volvió a suceder lo mismo, así que se marchó muy despechada de la cocina.

Volvió a recorrer los salones, hasta que llegó a una bonita alcoba iluminada con una luz muy tenue. Había en ella una cama tan mullida que invitaba a dormir en ella. La lavanderilla estaba tan cansada que no pudo resistir la tentación de sentarse. Se disponía ya a tumbarse cuando de repente sintió como si la pinchasen con un alfiler, y de nuevo oyó una voz que decía:

—¡Tate, que es para mi señor, el príncipe!

Esta vez, la lavandera se llevó un buen susto. Cuando se recobró, se resignó a no comer y a no dormir. Para entretenerse, se puso a curiosear por la alcoba. Al mirar detrás de un tapiz, descubrió una puertecilla secreta. La empujó suavemente y se

encontró con una escalera de caracol de mármol blanco. Bajó por ella a un invernadero en el que crecían plantas y flores exóticas y aromáticas. En el centro había una inmensa fuente con un surtidor. El agua brotaba con luz propia y tenía los colores del arco iris.

La lavanderilla se quedó embelesada contemplando aquella maravilla. De pronto, oyó un gran estrépito y vio abrirse una ventana del invernadero. Sobresaltada, se apresuró a esconderse detrás de una enorme planta.

18 Tres preciosos pájaros entraron en el invernadero. Uno de ellos era verde y brillante como una esmeralda. La lavanderilla se puso muy contenta por haber encontrado al que todos consideraban el causante de la enfermedad de la princesa. Los otros dos pájaros eran también muy bonitos, aunque no tanto como el pájaro verde. Los tres llegaron volando hasta la fuente y se zambulleron en ella.

Al rato, la lavandera vio salir del agua a tres jóvenes tan bellos que pensó que debían de ser genios inmortales o ángeles del cielo. Los tres se vistieron con ropas muy elegantes. El más guapo de los tres llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas. A la lavandera le pareció el príncipe más adorable de la tierra.

Los tres jóvenes se dirigieron al comedor y se sentaron a una espléndida mesa en la que había tres

cubiertos preparados. Una orquesta invisible amenizó la cena, servida por criados también invisibles. La lavandera, que había seguido a los jóvenes hasta el comedor, se escondió detrás de una cortina, desde la que pudo oír parte de la conversación. Así se enteró de que el más hermoso de los jóvenes era el príncipe heredero del gran imperio de la China, y los otros dos, su secretario y escudero más querido. Los tres eran víctima de un encantamiento: de día se transformaban en pájaros, y sólo por la noche, después de bañarse en la fuente, recobraban su verdadero ser.

La lavanderilla se dio cuenta de que el príncipe de las esmeraldas apenas comía. Parecía ensimismado y melancólico. A veces, de lo más hondo de su pecho brotaba un ardiente suspiro.

19

4

Terminado aquel festín tan poco alegre, el príncipe, como si volviera en sí de algún sueño, levantó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme mi cajita.

El secretario se levantó de la mesa y volvió enseñuida con la cajita más preciosa que ojos mortales hayan visto. El príncipe la tomó en sus manos, la abrió y estuvo contemplando largo rato con ternura

lo que había en su interior. Luego metió la mano en la cajita y sacó un cordón. Lo acarició, lo besó y dijo:

—¡Ay cordoncito de mi señora! ¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita y sacó una liga bordada. La acarició, la besó y exclamó al besarla:

—¡Ay linda liga de mi señora! ¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un medallón, y si mucho había besado y acariciado cinta y liga, más besó y acarició el medallón, diciendo con una tristeza que partía el corazón:

—¡Ay medalloncito de mi señora! ¡Quién la viera ahora!

20 Luego el príncipe y sus servidores se retiraron a sus alcobas, y la lavandera no se atrevió a seguirlos.

Al encontrarse sola en el comedor, la lavanderilla se acercó a la mesa, donde los manjares habían quedado casi intactos. El recuerdo de lo que había sucedido en la cocina la hizo contentarse con oler y mirar. Entonces sintió sobre sus hombros no una, sino dos manos invisibles que la obligaron a sentarse en la silla del propio príncipe. Volvió a oír la misteriosa voz, que le dijo:

—Siéntate y come.

Puesto que le daban permiso, comió con apetito, y luego se quedó profundamente dormida.

Cuando abrió los ojos, era ya de día. Estaba tendida al pie del árbol donde había querido comerse la



naranja. Allí estaba la ropa que traía del río, y también la naranja corredora.

—¿Habrà sido sólo un sueño, o será todo real? —se dijo la lavanderilla—. Me gustaría volver a ese palacio para comprobarlo.

Tiró la naranja al suelo varias veces para que le volviera a mostrar el camino, pero la naranja rodaba un poco y se detenía, como cualquier naranja corriente. Decepcionada, la partió y vio que por dentro era como las demás. Se la comió, y le supo a lo mismo que todas las naranjas que había comido hasta entonces.

Estaba casi segura de que todo había sido un sueño.

22

—No tengo ninguna prueba de que lo que he visto sea real —se dijo—. De todos modos, iré a ver a la princesa y se lo contaré, por si pudiera interesarle.

5

A la doncella favorita de la princesa le parecieron muy interesantes las noticias que la lavanderilla traía. Por eso se atrevió a despertar a su señora, que a aquella hora todavía dormía. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó, muy alborozada:

—¡Despertad, señora, y alegraos, que ya os traen noticias del pájaro verde!

La princesa se despertó, se restregó los ojos y se incorporó en el lecho.

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron a Arabia? —preguntó.

—No, señora —contestó la doncella—. Quien trae las noticias es una de las lavanderas que lavan vuestros pañuelos.

La doncella hizo pasar a la joven, y ésta se puso a contar con detalle todo lo que le había pasado.

Al saber que la lavanderilla había visto el pájaro verde, la princesa se puso muy contenta. Cuando oyó lo de su salida de la fuente convertido en un hermoso príncipe, se sonrojó, y una sonrisa de ternura se dibujó en sus labios. Por último, cuando supo el mucho cariño que el príncipe le tenía y el amor con que guardaba en su cajita las tres prendas robadas, no pudo contenerse y abrazó y besó a la lavanderilla y a la doncella.

—Ahora sí que me pueden llamar Venturosa —decía—. Mi deseo de poseer el pájaro verde no era un capricho, sino amor, un amor que ha entrado en mi corazón por un camino oculto y poco frecuente. No he visto al príncipe, pero estoy segura de que es hermoso e inteligente. Nada sé de su vida, salvo que está encantado, y que encantada me tiene él a mí.

—Señora —dijo la lavanderilla—, puedo asegurarnos que su alteza es un muchacho muy guapo, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verle.

El secretario no está mal, pero a mí el que me gusta, no sé por qué, es el escudero.

—Tú te casarás con él —decidió la princesa—. Mi doncella, si lo desea, se casará con el secretario, y las dos seréis damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino real. Me lo dice el corazón. Pero ahora lo que importa es desencantar a los tres jóvenes pájaros. Debes guiarme hasta el palacio en el que viven.

La lavanderilla terminó de contar su aventura y le hizo ver a la princesa que no podía servirle de guía. Después de meditar un buen rato, la princesa Venturosa le dijo a la doncella:

—Ve a mi biblioteca y tráeme el libro *Los reyes contemporáneos*.

24

Cuando tuvo el volumen en sus manos, la princesa lo hojeó y leyó en voz alta:

«El mismo día en que murió el emperador de la China, su único hijo y heredero desapareció. Sus súbditos, creyéndolo muerto, no tuvieron más remedio que someterse al kan de Tartaria».

—¿Qué deducís de esto, señora? —preguntó la doncella.

—Que es el kan de Tartaria quien tiene encantado al príncipe de la China para usurpar el Celeste Imperio. Ahora entiendo por qué aborrezco tanto al príncipe tártaro.

—Pero no basta con explicarlo —dijo la lavanderilla—. Habrá que ponerle remedio.

—Eso es lo que trato de hacer —repuso la princesa—. Mandaré ahora mismo hombres de confianza a todos los cruces de caminos por donde puedan regresar los mensajeros que el príncipe tártaro envió a su padre para consultarle sobre el pájaro verde. Las cartas con la respuesta del kan me deben ser entregadas. Pero nadie, ni siquiera mi padre, debe saber lo que sucede. Lo arreglaremos todo entre las tres con el mayor sigilo. Con este dinero podréis comprar el silencio y la fidelidad de los hombres que necesitamos.

De un armario sacó dos bolsas llenas de oro y se las dio a sus dos amigas. Éstas salieron a toda prisa para poner en marcha sin tardanza el plan acordado.

25

6

Pasaron cinco días, durante los cuales la princesa no derramó una sola lágrima e incluso se mostró amable con los pretendientes, para sorpresa y deleite del rey. Nadie podía sospechar la causa de aquel repentino cambio de humor, salvo el príncipe tártaro, que era diabólicamente astuto y que, además, había aprendido de su padre algo de magia. Estaba convencido de que la princesa había recibido noticias del pájaro verde. Ansioso de saber lo que su padre respondía a sus consultas sobre aquella ave,

decidió salir con cuarenta hombres armados al encuentro de los mensajeros, quienes, según sus cálculos, debían llegar aquel mismo día.

Aunque el príncipe tártaro partió con gran secreto, la princesa lo había mandado vigilar, y uno de sus espías la avisó de su salida.

—La situación es terrible —les dijo la princesa a la lavanderilla y a la doncella—. Sin duda el kan le habrá aconsejado a su hijo que mate al pájaro verde, y eso es lo que el príncipe tártaro hará en cuanto la carta llegue a sus manos. Ha salido a buscarla con cuarenta de los suyos.

26 —No os aflijáis, señora —dijo la doncella—. Cien hombres esperan a los mensajeros en cada encrucijada para arrebatárles la carta y traérosela. Son valientes, están bien armados y no se dejarán vencer por el príncipe tártaro, a pesar de sus artes mágicas.

—De todos modos —opinó la lavanderilla—, deberíais enviar más hombres, señora. Aunque el príncipe sólo lleva cuarenta consigo, se dice que son genios malignos y que cada uno de ellos vale por diez.

La princesa siguió el consejo de la lavandera. Hizo llamar al más valiente de los generales de su padre, le contó lo que sucedía y le pidió ayuda. El general accedió al momento a prestársela. Reunió apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados y salió al galope de la capital, decidido a traer a la princesa la carta del kan o a morir en el intento.

Tras la partida del general, a la princesa le pareció conveniente poner a su padre al tanto de todo. Pero cuando el rey Venturoso supo lo que había ocurrido, se puso fuera de sí. Dijo que aquella historia del pájaro verde era un sueño ridículo y que mandar a aquellos hombres contra el hijo del kan y sus mensajeros era faltar a todas las leyes de la hospitalidad.

—¡Hija mía! —exclamó—. Si esto no se remedia, habrás arrojado una mancha de sangre sobre mi nombre.

La princesa estaba muy arrepentida. Envío inmediatamente mensajeros al general para ordenarle que regresara. Pero fue inútil: el general se había dado tanta prisa que los mensajeros no pudieron alcanzarlo a tiempo. Cuando llegaron a donde se encontraba, vieron venir huyendo a todos los soldados del rey y los imitaron.

Los soldados corrían perseguidos por los cuarenta hombres del príncipe tártaro, que en verdad eran genios malignos y se habían transformado en espantosas bestias que echaban fuego por la boca.

Sólo el general se mantuvo firme en medio de aquel desastre, buscó al príncipe tártaro y se enfrentó a él. Pero las armas del príncipe eran mágicas, y el general no podía herirle. Para vencerle tuvo que recurrir a una estratagema. Se apartó un trecho de su enemigo, se desató la larga faja de seda que le ceñía la cintura y le hizo un nudo corredizo. Luego se lanzó contra el prín-

cipe a toda velocidad, le echó el lazo al cuello y siguió con su caballo al galope, haciendo caer al príncipe y arrastrándolo por el suelo hasta estrangularlo.

En el mismo instante en que el príncipe tártaro murió, los cuarenta genios se desvanecieron. Al verlo, los soldados del rey Venturoso regresaron y esperaron con el general a los mensajeros que traían la carta del kan de Tartaria.

Aquella misma noche, el general entró en el palacio del rey Venturoso con la carta del kan entre las manos. Hizo una reverencia y se la entregó a la princesa. Venturosa rasgó el sello y se puso a leer la carta, pero no fue capaz de entender una sola palabra. Lo mismo les sucedió al rey, a los intérpretes de la corte y a los miembros de las doce reales academias, a los que habían convocado a palacio.

Tampoco los siete sabios, que acababan de llegar de Arabia sin el ave fénix y aguardaban el castigo por su fracaso, fueron capaces de descifrar la carta ni de decir siquiera en qué lengua estaba escrita, y eso que el rey les había prometido su perdón.

El rey Venturoso se sintió el más desventurado de los reyes. Había sido cómplice involuntario de un crimen inútil, y sólo le quedaba esperar la venganza del poderoso kan de Tartaria. Aquella noche apenas pudo dormir. Y al día siguiente su dolor fue mayor, pues le comunicaron que la princesa había desaparecido, dejándole escritas estas palabras:

«Padre, no me busques ni intentes averiguar adónde voy. No volverás a verme hasta que logre descifrar la carta del kan y desencantar a mi querido príncipe. Adiós».

7

La princesa Venturosa había ido con sus dos amigas a visitar a un ermitaño que vivía en las montañas y que tenía fama de santo y de sabio. La gente decía que era inmortal, y había razones para afirmarlo, pues en toda la comarca nadie recordaba cuándo aquel hombre misterioso había llegado para hacer penitencia en lo más apartado de las montañas, donde rara vez se dejaba ver por ojos humanos.

29

Durante siete días, la princesa y sus amigas lo estuvieron buscando entre breñas y malezas. No había nadie que pudiera guiarlas, pues ni siquiera los cabreiros frecuentaban aquellos parajes, por temor a las maldiciones que el ermitaño solía echar a quien invadía sus dominios o interrumpía sus oraciones. Confiando en que aquel hombre pudiera descifrarles la carta, las tres amigas se habían decidido a afrontar sus maldiciones.

En la noche del séptimo día, cuando iban a refugiarse en una caverna, descubrieron al ermitaño, que oraba en el fondo de la cueva a la débil luz de una

lamparilla. Las tres se pusieron a temblar, temerosas de la maldición que pudiera caer sobre ellas. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa y cuyo cuerpo estaba tan consumido que parecía un esqueleto, las miró con ojos relucientes como ascuas y les dijo con voz suave y alegre:

—Gracias al cielo, al fin habéis llegado. Hace siglos que os espero, y estoy ya muy cansado. Pero no puedo morir hasta que cumpla con vosotras el deber que el rey de los genios me ha impuesto. Soy el único sabio que habla y entiende la riquísima lengua que se hablaba en Babel antes de la confusión. Las palabras de aquella lengua podían atar y desatar todas las leyes de la naturaleza. Era tanto el poder de los humanos cuando la poseían que pretendieron escalar el cielo, y lo hubieran conseguido si el cielo no hubiera dispuesto que la lengua primitiva se olvidase. Sólo tres sabios de intenciones puras, de los cuales dos han muerto ya, guardaron la memoria de aquel idioma. También la guardaron, por especial privilegio de los diablos, Nemrod y sus descendientes, el último de los cuales murió hace una semana por disposición tuya, princesa Venturosa. Ya sólo queda en el mundo una persona que pueda descifrar la carta del kan de Tartaria. Esa persona soy yo, y para que pueda haceros ese servicio, el rey de los genios ha conservado mi vida durante siglos.

—Pues aquí tienes la carta, venerable sabio —dijo la princesa, poniendo el misterioso escrito en manos del ermitaño.

El ermitaño se puso unos anteojos y se acercó a la lamparilla. Más de dos horas estuvo leyendo la carta en voz alta en la lengua en que estaba escrita, y a cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas palidecían y la luna temblaba. La princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y taparse los oídos para no ver los espectros que se aparecían ni oír las voces terribles o dolientes que brotaban de las entrañas de la tierra.

Acabada la lectura, el ermitaño se quitó los anteojos y dijo con voz reposada:

—No es conveniente ni posible, princesa Venturosa, que sepas todo lo que esta carta contiene. Hay en ella terribles misterios que no es posible explicar en ninguna de las lenguas que hoy se hablan.

—Pues estamos frescas —dijo la lavanderilla— si, después de todo lo que hemos pasado para encontraros, ahora salís con que no queréis traducir la carta.

—Ni quiero ni debo —replicó el ermitaño—, pero sí os diré lo que os pueda interesar. Y os lo haré con pocas palabras y sin pararme en detalles, pues los momentos de mi vida están contados.

«Sabad que el príncipe de la China es el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado ya mil veces del malvado kan de Tartaria. Al ver que no

podía matarle, el kan utilizó un encantamiento para alejar al príncipe de sus súbditos y usurpar su trono. Pero el rey de los genios impidió que el encantamiento fuera eterno. El kan tuvo que aceptar que pueda romperse si se cumplen cuatro condiciones.

«La primera, ya cumplida, es que una joven de veinte años, valerosa y limpia de corazón, descubra que los tres jóvenes encantados recuperan de noche su verdadera figura.

La segunda también se ha cumplido, y es que el príncipe, sin poder mostrarse más que tres instantes bajo forma de pájaro verde, inspire un profundo amor a una princesa.

32 La tercera condición, que se está cumpliendo ahora, era que la princesa se apoderase de esta carta y yo la interpretara.

Ahora os explicaré la cuarta y última condición, en cuyo cumplimiento debéis intervenir las tres. Sólo me quedan dos minutos de vida, pero antes de morir os pondré en el palacio del príncipe de la China, junto a la gran fuente. A ella acudirán los tres pájaros, se zambullirán y recuperarán su verdadera figura. Es preciso que cada una de vosotras ame a uno de los tres muchachos con verdadero amor. La princesa ya ama al príncipe de la China, y la joven lavandera al escudero. Ahora sólo falta que la doncella favorita de la princesa se enamore del secretario.

Cuando los tres jóvenes encantados vayan al comedor, los seguiréis sin ser vistas, y allí permaneceréis hasta que el príncipe pida su cajita y diga, besando el cordoncillo:

—¡Ay cordoncito de mi señora! ¡Quién la viera ahora!

Entonces las tres os mostraréis, y cada una dará a su amado un tierno beso en la mejilla. El encantamiento quedará deshecho en el acto, el kan de Tartaria morirá súbitamente y el príncipe de la China no sólo recuperará el Celeste Imperio, sino que también heredará todos los kanatos, reinos y provincias de su malvado enemigo».

Apenas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

Al instante, la princesa y sus amigas se encontraron detrás de unas plantas, junto a la fuente del palacio del príncipe de la China.

Todo lo que el ermitaño había dicho se cumplió. Las tres jóvenes besaron a los tres muchachos, que inmediatamente quedaron desencantados. El kan murió, China y Tartaria fueron felices bajo el gobierno del príncipe, y la princesa y sus amigas lo fueron todavía más.

La princesa Venturosa y el ya emperador de la China vivieron largos años y tuvieron media docena de chiquillos a cual más hermoso.

La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, gozaron siempre de la amistad de sus majestades y fueron las principales personalidades del imperio.

En cuanto al rey Venturoso, abdicó y se fue a vivir a Pekín, a la corte de su yerno, donde pasó el resto de sus días, que fueron verdaderamente venturosos.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Hace mucho tiempo vivían en la apartada aldea de Matsuyama, en la provincia japonesa de Echigo, dos jóvenes esposos cuyos nombres han caído ya en el olvido. Tenían una hija a la que ambos amaban de todo corazón.

Cuando la niña era aún muy pequeñita, el padre tuvo que ir a la lejana capital del Imperio. Se despidió de la madre y de la niña, pues el viaje era demasiado largo como para que le acompañaran, y les prometió que a su regreso les traería bonitos regalos.

La mujer, que nunca había ido más allá de la aldea vecina, se sentía muy orgullosa de que su marido fuera el primer hombre de la comarca que iba a la gran ciudad, donde vivía el emperador y donde podría ver incontables maravillas.

Pasado algún tiempo, cuando la mujer supo que su marido regresaba, vistió a la niña con sus mejores galas y se puso un precioso traje azul, porque sabía que era el favorito de su marido. ¡Qué alegría sintió la joven esposa cuando lo vio volver sano y salvo! La niña daba palmadas y sonreía al ver los juguetes que su padre le traía. Y el hombre no dejaba de contar las cosas extraordinarias que había visto durante el viaje y en la capital.

—A ti —le dijo a su mujer— te he traído un objeto

muy valioso. Se llama espejo. Míralo y dime que ves dentro.

Entonces le dio una cajita plana de madera donde ella, al abrirla, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como la plata mate, con adornos en relieve de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como el cristal. La joven esposa miró allí con placer y asombro, porque vio que desde el fondo la miraba un rostro alegre y sonriente.

—¿Qué ves? —preguntó el esposo, orgulloso de poder mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

36 —Veo a una muchacha muy linda, que me mira y mueve los labios como si hablase, y que lleva, ¡qué raro! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves —replicó el marido—. En la capital todos tienen un espejo como éste.

Encantada con el regalo, la mujer pasó varios días mirándose a cada momento, pues era la primera vez que veía la imagen de su lindo rostro. Pero al final consideró que aquel prodigioso objeto era demasiado valioso para usarlo a diario, así que lo guardó en su cajita y lo escondió cuidadosamente entre sus más preciadas pertenencias.

Pasaban los años y marido y mujer vivían felices. La alegría de sus vidas era la niña, que iba creciendo y se convertía en el vivo retrato de su madre.



Era cariñosa y buena, pero la madre, recordando su propia vanidad al verse años atrás tan bonita, mantuvo el espejo escondido, temerosa de que su hija pudiera volverse engreída si lo usaba. Así se crió la niña, tan sencilla como lo había sido su madre e ignorante de su propia belleza.

Pero un día la desdicha sacudió a aquella familia hasta entonces tan feliz. La madre cayó enferma, y aunque la niña se desvelaba por cuidarla, fue empeorando cada vez más, hasta que se dio cuenta de que muy pronto tendría que abandonar a su marido y a su hija. Entonces se puso muy triste, llamó a la niña y le dijo:

38 —Querida hija, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu padre. Prométeme que cuando yo desaparezca, mirarás todos los días, al despertar y al acostarte, en el objeto que te voy a dar. En él me verás y sabrás que siempre estaré velando por ti.

Tras decir estas palabras, le mostró el sitio donde guardaba el espejo. La niña prometió con lágrimas cumplir lo que le pedía. Poco después, la madre expiró serenamente.

Desde entonces la niña jamás olvidó su promesa. Cada mañana y cada tarde sacaba el espejo y miraba largo rato en él. Allí veía la cara de su madre. No estaba pálida y enferma, como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella le confiaba todas sus

inquietudes, y en ella buscaba el aliento y el cariño que necesitaba para cumplir sus deberes.

De esta manera vivió la niña, sabiendo que su madre velaba por ella y procurando complacerla en todo. Su mayor contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que sea.

Finalmente, el padre, al darse cuenta de que la niña miraba el espejo cada mañana y cada noche y de que parecía conversar con él, le preguntó el motivo de tan extraña conducta.

—Padre —contestó la niña—, todos los días miro el espejo para ver a mi querida madre y hablar con ella.

Le contó también la promesa que le había hecho a su madre y que nunca había dejado de cumplir.

Enternecido por tanto amor y sencillez, el padre no pudo contener las lágrimas. Nunca, durante el resto de su vida, quiso descubrir a su hija que lo que veía en el espejo era su propia figura, que el poderoso lazo del amor hacía cada vez más semejante a la de la madre.

EL PESCADORCITO URASHIMA

Hace muchísimo tiempo vivía en la costa del mar del Japón un pescadorcito, muy hábil con la caña y el anzuelo, que se llamaba Urashima.

Un día, Urashima salió a pescar en su barca, pero en vez de coger un pez, pescó una gran tortuga, con una concha muy dura, una cara vieja, fea y arrugada y un rabillo muy raro.

40 Las tortugas, al menos las japonesas, viven mil años, así que Urashima, que lo sabía, se dijo a sí mismo: «¿Para qué matar a este pobre animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? Un pez me sabrá igual de bien y quizá mejor que la tortuga. Seguro que mi madre aprobará lo que hago».

De modo que devolvió la tortuga al mar.

Poco después, Urashima se quedó dormido en su barca, pues era un día muy caluroso de verano y a mediodía nadie podía resistirse a echar una siesta. En cuanto se durmió, de entre las olas salió una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, más allá de los mares azules. No era una tortuga la que pescaste hace poco y a la que tan generosamente devolviste al agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre para ver si eras bueno o malo. Ahora que ya sabemos que eres

bueno y que te repugna la crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si lo deseas, nos casaremos y viviremos felices más de mil años en el Palacio del Dragón.

Urashima tomó entonces un remo y la princesa otro, y remaron y remaron hasta llegar al Palacio del Dragón, donde vivía el rey del mar. Los muros del palacio eran de coral, las escamas de los peces, de plata, y las colas de los dragones, de oro. Aquel palacio era lo más hermoso y reluciente que uno pueda imaginar, y ahora también le pertenecía a Urashima, pues era yerno del dios del mar y marido de la adorable princesa marina.

Más de tres años vivieron dichosos allí, pescando todos los días entre árboles con hojas de esmeralda y frutas de rubí. Pero una mañana, Urashima le dijo a su mujer:

—Aquí estoy muy contento y satisfecho, pero necesito volver a mi casa para ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y regresaré pronto.

—No me agrada que te vayas —contestó ella—. Temo que te suceda algo terrible. Pero vete, si es lo que deseas. Llévate esta caja y ten cuidado de no abrirla, pues si lo haces, nunca volverás a verme.

Urashima le prometió que no abriría la caja por nada del mundo. Luego subió a su barca y, tras mucho navegar, desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en la que vivían? Las montañas seguían allí, pero los árboles habían sido cortados. Y el arroyo que corría junto a la choza seguía corriendo, pero allí ya no había mujeres lavando la ropa como antes. Era sorprendente que todo hubiese podido cambiar tanto en sólo tres años.

—¿Puedes decirme, te lo ruego, donde está la choza de Urashima, que antes se hallaba aquí? —le preguntó a un hombre que pasaba.

42 —¿Urashima? —contestó el hombre—. ¿Cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre y sus hermanos hace siglos que murieron. Debes de estar loco cuando buscas su choza. Ya era escombros hace cientos de años.

Entonces Urashima pensó que el Palacio del Dragón debía de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que los tres años pasados en compañía de la princesa habían sido cuatrocientos. De nada le valía permanecer en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto y donde ya ni siquiera su propia aldea existía.

Quiso volver con su mujer, más allá de los mares azules, pero entonces cayó en la cuenta de que no sabía qué rumbo debía seguir, y tampoco había nadie que se lo pudiera indicar.

«Tal vez», pensó atolondradamente, «si abro la caja que ella me dio, descubra el secreto y el camino que busco».

Abrió la caja, y de ella salió una nube blanca que se fue flotando sobre el mar. Urashima corrió en vano detrás de la nube gritándole que se parase. De repente, recordó lo que su mujer le había dicho, y se sintió muy triste: después de abrir la caja, jamás podría volver al palacio del dios del mar.

Ya no podía gritar ni correr tras la nube. De pronto, sus cabellos se volvieron blancos como la nieve, su rostro se llenó de arrugas y su espalda se encorvó como la de un anciano. Luego sintió que le faltaba el aliento, y al fin, el pobre Urashima, el pescadorcito que hubiera podido vivir más de mil años, cayó muerto en la playa.

EL HECHICERO

1

44

El castillo estaba en lo alto del cerro. Aunque el exterior parecía medio en ruinas, se decía que el interior todavía era habitable. Sin embargo, nadie se atrevía a vivir allí. Siglos atrás había sido la morada del poderoso Hechicero, un cruel tirano que con sus malas artes había logrado prolongar su vida mucho más allá de lo que la naturaleza concede a los humanos. Incluso se aseguraba que no había muerto, y que seguía viviendo una existencia oculta y tenebrosa. Ay de quién se lo encontraba vagando por el bosque, o descubría inesperadamente su rostro iluminado por la luna, u oía su canto a lo lejos en el silencio de la noche. A quien tal cosa le sucedía, perdía la razón o le ocurría alguna otra desventura. Por eso, cuando en la comarca se veía a algún muchacho melancólico o a alguna joven ensimismada, triste y ojerosa, la gente lo achacaba a un encuentro con el Hechicero.

En torno al castillo reinaba una completa soledad. A su espalda se extendía la sierra, con sus valles, desfiladeros y altos montes cubiertos de espesos bosques. No había en dos leguas a la redonda más lugar habitado que una modesta alquería situada al

pie del cerro, frente a la fachada principal del casti-
llo. Allí vivía, desde hacía doce años, un matrimonio
procedente de la cercana aldea.

El marido había pasado años en las Indias, de
donde había vuelto con algún dinero. Le llamaban el
Indiano, y era aún joven, fuerte y valiente. Se había
casado con la joven más linda del lugar. Antes de
casarse había comprado la alquería, y allí vivían los
dos con bastante desahogo. Les alegraba la soledad
una preciosa hija que ya tenía once años, y a la que
llamaremos Silveria, pues ninguna historia recoge su
verdadero nombre.

Vivían también con ellos la anciana nodriza de la
señora, que se ocupaba de la cocina; su hija, que aten-
día las demás tareas de la casa, y el viejo marido de la
nodriza, que cuidaba de la huerta y de los animales.

Silveria era un primor de niña, de ojos azules
como el cielo y cabellos dorados como las espigas en
agosto. Su madre le dejaba hacer todo lo que se le
antojaba. Y su padre, que la idolatraba, en lugar de
refrenarla le daba alas y la animaba en todo, pues se
sentía muy orgulloso de que su hija se le pareciese en
su carácter resuelto y decidido.

Silveria se había criado al aire libre en aquel aparta-
do lugar, sin tratar apenas a nadie más que a la gente
de su casa. Candorosa e inocente, de nada desconfia-
ba y a todo se atrevía. No le asustaba la oscuridad de
la noche, ni el silencio del bosque, ni los misteriosos

ruidos que produce el agua al correr y el viento al agitar las hojas. Ni siquiera el Hechicero, de quien había oído contar mil horrores, le inspiraba temor. Al contrario, deseaba encontrarse con él y conocerle, pues estaba segura de que no podía ser tan perverso como decían.

46 Su madre le había contado que durante los primeros años de su matrimonio el Hechicero la había atormentado no pocas veces. De noche oía su voz entonando melancólicos cantares, o le llegaba el triste son de su melodioso violín, o lo vislumbraba al vago resplandor de las estrellas cuando atravesaba un claro del bosque. Entonces, decía la madre, se le helaba la sangre en las venas, sentía una pena semejante a un remordimiento y cerraba puertas y ventanas para que el Hechicero no viniese a buscarla. Silveria no entendía qué podía haber de triste o de pavoroso en aquel canto o en el sonido del violín, y sólo le apenaba que aquella música ya no sonase o, al menos, no llegase hasta sus oídos.

2

Ligera como una corza, Silveria solía salir de su casa para recorrer los alrededores saltando y brincando. Lo que más le gustaba era ir al pie del castillo, cuyas torres y almenas, y hasta la fachada prin-



cipal con sus grandes ventanas, se divisaban por encima de los árboles desde su propia habitación. Delante del castillo había un extenso estanque de agua limpia y pura. El castillo se miraba en él como en un espejo.

Una fresca mañana de abril, Silveria vagaba por aquel solitario lugar cogiendo lirios, violetas y rosas que llenaban el ambiente con su perfume. De repente, oyó un estrépito inesperado y corrió a ocultarse entre unas matas. Vio llegar a un hombre a caballo. El hombre desmontó y ató su corcel a un árbol. Era un joven vestido de negro. Bajo su sombrero de ala ancha adornado con plumas se descubría un rostro muy hermoso.

48

El aspecto del forastero no infundía ningún temor, y Silveria, que no era nada tímida, salió de su escondite y se dirigió hacia él.

—Buenas tardes —le dijo.

Sorprendido por la repentina aparición, el forastero le preguntó:

—¿Quién eres tú, chiquilla?

—Soy Silveria —respondió la niña—, la hija del Indiano. Vivo muy cerca de aquí. ¿No será usted, por casualidad, el encantador del que tanto se habla?

—No, niña, no lo soy. Pero ando en su busca. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Nada, coger flores. Hay muchísimas, ¡y tan bonitas! Coja las que quiera, caballero.

La niña desplegó el delantal y le enseñó las flores que había cogido.

—Gracias —dijo el forastero.

Cogió dos lirios, se quitó el sombrero y colocó las flores junto a las plumas. La niña se fijó en que su cabellera era negra y rizada, y sus ojos, dulces y tristes.

—Aunque le parezca que soy una curiosa, ¿querría decirme qué diantre viene a hacer por estos andurriales?

La desenvoltura de la niña hizo sonreír al forastero.

—He comprado este castillo —respondió— y vengo a vivir en él. Mis criados vienen detrás con el equipaje. Yo me he adelantado, pues estaba impaciente por verlo.

—¡Y yo que nunca lo he visto por dentro! Está cerrado con llave. ¿Me dejará verlo?

—¿No tienes miedo?

—¿Y de qué iba a tenerlo?

—Entonces puedes venir conmigo. Aquí tengo las llaves.

El joven señor abrió la puerta, y Silveria y él recorrieron el interior. Subieron la elegante escalera y vieron las salas del piso principal. Estaban bien amuebladas, aunque llenas de telarañas y de polvo.

Desde la ventana de la mejor sala contemplaron una magnífica vista. Desde allí se divisaban ríos y arroyos, llanuras, cortijos y aldeas. En la lejanía, las montañas se recortaban contra un cielo azul y sin

nubes. Las copas de los árboles se apiñaban alrededor del castillo como un mar de verdor. No muy lejos, a la salida del bosque, se veía la pequeña alquería de Silveria.

—Allí vivo yo —le dijo al forastero, señalándola con el índice—. Pero ¡qué despistada soy! Es la hora de cenar, y mi padre se enfadará si me echa de menos. ¡Adiós!

Se fue brincando escalera abajo. El joven le gritó desde lo alto:

—¡Ten cuidado, no te vayas a caer! Vuelve por aquí cuando quieras.

—Ya volveré, si no molesto —respondió la niña.

50

El forastero la vio salir corriendo del castillo, bordear la orilla del estanque y perderse bajo los árboles que ocultaban el camino hacia su casa.

3

Aunque tenía muchas ganas de saber lo que sucedía en el castillo, Silveria pasó más de una semana sin volver por allí. Esperaba que el forastero fuese a visitar a sus padres, sus únicos vecinos, o encontrárselo en sus paseos por el campo. Pero no sucedió ni una cosa ni la otra. El joven caballero pasaba el tiempo encerrado en su nueva mansión, invisible para todos.

Finalmente, Silveria no pudo resistir más su deseo de volver a verle. Hizo un ramillete con las flores más bonitas y olorosas que había en su huerto y se fue con él al castillo.

En la puerta encontró a un viejo criado.

—Traigo estas flores para el caballero —le dijo Silveria.

El criado echó mano a las flores para llevárselas a su señor.

—¡Eh, que se las quiero dar yo! —dijo la niña, apartando el ramillete—. Anúnciele que Silveria está aquí.

Riéndose de la desenvoltura de la niña, el viejo fue a cumplir su mandato. Desde el pie de la escalera, gritó:

—¡Señor, aquí está Silveria!

—Que suba, que suba —respondió el joven desde lo alto.

Silveria apartó con un suave empujón al criado y subió los escalones de dos en dos. Hizo una graciosa reverencia al forastero, que la aguardaba arriba, y le presentó el ramillete.

El joven lo tomó, le dio las gracias y la besó en la frente. Luego ordenó al criado que pusiera las flores en agua y que subiera bizcochos.

Silveria encontró el salón mucho más bonito. Ya no había polvo ni telarañas. Las telas tenían un color más vivo y los muebles relucían. Junto a la ventana

principal había un escritorio con muchos libros y papeles.

Silveria se arrellanó en un sillón y se comió los bizcochos que Juan, el criado, le presentó en una bandeja de plata.

—¿Cómo se llama usted, caballero? —le preguntó al forastero cuando el criado se fue.

—Me llamo Ricardo, para servirte.

—¿Y a qué se dedica, encerrado aquí todo el día sin ver a nadie?

—Escribo.

—¿Y qué escribe?

—Comedias, novelas... también soy poeta.

52 —¿Y cómo se las arregla para que se le ocurran tantas cosas? Tiene que ser muy difícil. ¿Quién le enseñó?

—El Hechicero, de quien has oído tantas cosas.

—¿Y dónde lo vio usted?

—Lo vi hace años. Luego lo perdí, y me temo que nunca volveré a encontrarlo.

Silveria no comprendía nada, y así se lo dijo al forastero.

—Con el tiempo, comprenderás —replicó el joven—. Todavía eres muy niña.

A Silveria le dolió mucho que el forastero la creyese ignorante e incapaz de comprender los misterios de su oficio hasta Dios sabía cuándo. A su manera, ya se daba cuenta de que los poetas tiene el don de

penetrar en el significado más profundo de las cosas. A Silveria le hubiera gustado saber quién les prestaba la llave para abrir el arca que guarda los mil tesoros de la naturaleza, quién enseñaba a los poetas a interpretar lo que dicen las demás criaturas: de qué habla el viento cuando susurra entre las hojas, qué murmura el arroyo, de qué cantan los pajarillos.

Silveria estaba segura de que debía de haber duendes o geniecillos que conocían esos misterios, y sin duda Ricardo sabía cómo invocarlos. Pero, como no quería molestarle, no le hizo más preguntas.

Después de aquel día, sus visitas al castillo no fueron muy frecuentes. Silveria era muy orgullosa, y no quería estar de más ni parecer una pesada. Sin embargo, el joven caballero la trataba muy bien, como a una chiquilla graciosa y muy despierta. Le pidió que le considerase como un hermano mayor, y Silveria empezó a tutearle.

Cuando, a solas en su habitación, se acordaba de él, Silveria a veces le tenía envidia por su trato con los duendes y los genios. Otras veces, en cambio, sentía lástima de él por vivir tan solo, sin un padre y una madre que le cuidasen y mimasen como los suyos la cuidaban y mimaban a ella.

Así fueron pasando días y más días, hasta que llegó el invierno con su hielo y con su escarcha.

Por Nochebuena, el Indiano quiso hacerle un regalo a su hija, y le trajo de la ciudad un precioso nacimiento con más de cuarenta figuritas de barro, pedacitos de vidrio que imitaban arroyos y ríos y hasta la estrella que guiaba a los Reyes Magos, atada a un alambre sobre el portal de Belén. Iluminado por dos docenas de velas, el nacimiento parecía un ascua de oro.

Aquella noche hubo en la alquería una fiesta familiar. La nodriza tocó la zambomba y amos y criados cantaron villancicos y cenaron juntos sopa de almen-
54 dras, besugo, potaje de lentejas y, de postre, castañas cocidas y frutas confitadas.

Terminada la fiesta, se fueron todos a dormir mucho antes de la medianoche. Pero Silveria se sentía desvelada. Mil ensueños y fantasías alborotaban su imaginación.

Sola en su cuarto, abrió las maderas de la ventana y se puso a contemplar el cielo y los campos solitarios y silenciosos. La luna bañaba con su pálido fulgor los montes y las copas de los árboles. En las ramas y en el suelo había algo de nieve, que relucía como plata bruñida.

Silveria miró también el castillo, que sobresalía entre los árboles, y vio luz en la ventana principal. Sin duda su amigo estaba leyendo o escribiendo.

Sintió una gran compasión por su soledad, y al pensar que ella se había divertido tanto mientras él había estado tan solo, se le saltaron las lágrimas. También le entristeció que Ricardo no hubiera visto el magnífico nacimiento que su padre le había regalado.

Entonces, sin pensarlo, tomó una atrevida decisión. Se abrigó, bajo la escalera de puntillas, cogió la llave de la puerta, salió de la casa y volvió a cerrar. Hacía bastante frío. Con el nacimiento en las manos, en menos de diez minutos se plantó ante la puerta del castillo. Dejó su carga en el suelo y dio dos alda-bonazos. En seguida oyó la voz del viejo Juan.

—¿Quién llama?

—Gente de paz. ¡Ábreme, hombre!

El criado reconoció su voz y abrió muy asustado.

—¿Qué sucede, muchacha? ¿Es que te has vuelto loca?

—No seas tonto —respondió la niña—. Vengo a que tu señor vea esta maravilla.

Con la luz que Juan traía, encendió las velas del nacimiento. Cargando de nuevo con él, subió la escalera.

El poeta, con los codos en la mesa, estaba absorto en sus meditaciones. Silveria se acercó sin hacer ruido. Recordando lo que el ángel principal del nacimiento llevaba escrito en un cartoncito que colgaba de su trompeta, dijo con voz melodiosa:

—¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Maravillado, el poeta se puso en pie de un salto. La niña colocó sobre la mesa el sencillo belén.

—¡Anda, reconoce qué es bonito! —le dijo al poeta.

Ricardo lo miró sin decir palabra, y luego miró a Silveria.

—Ya lo creo —dijo—. Es un verdadero prodigio.

Asiendo a la niña por la cintura, la levantó en el aire y le dio media docena de sonoros besos. Luego le echó una suave regañina por haberse escapado de su casa a aquellas horas para ir sola al castillo.

Después de admirar otra vez el nacimiento, Ricardo apagó las velas de dos soplidos, se puso la capa y el sombrero y ordenó a Juan que le acompañase cargado con el belén. Tomó a Silveria de una mano, cogió una linterna con la otra y llevó a la niña a casa de sus padres. No se retiró de allí hasta que Silveria cerró la puerta y echó la llave.

5

Pasó el tiempo, y las visitas de Silveria al poeta no se hicieron más frecuentes. A la muchacha le apenas daba cuenta de que Ricardo siempre le hablaba de niñerías, de que nunca le leía nada de sus obras, y menos aún le explicaba los secretos de su arte.

Silveria jamás le preguntaba por sus escritos, aunque Juan le había dicho que cada vez eran más celebrados en la capital del reino, y que Ricardo era ya un poeta famoso.

Ricardo iba con frecuencia a la capital, donde pasaba algunos meses. En cuanto regresaba, Silveria iba a verle, y él la encontraba tan niña, tan graciosa y tan inocente como la había dejado.

Una de aquellas ausencias se empezó a prolongar más de lo acostumbrado. Por las respuestas que recibía de Juan, que se había quedado guardando el castillo, Silveria se dio cuenta de que Ricardo tardaría mucho en regresar, de que quizá no volvería jamás.

57

Así pasaron no dos o tres meses, como otras veces, sino más de cinco años. Pero Silveria no olvidó al poeta. Siempre tenía presente su recuerdo, e incluso soñaba con él. Aunque ya no tenía esperanzas de volverlo a ver, la consolaba saber que Ricardo había alcanzado brillantes triunfos en remotos países.

También ella triunfaba, a su modo, en el apartado lugar donde vivía. Cada día estaba más bella, y era ya casi tan alta como su padre. Se estaba convirtiendo en una hermosa muchacha, aunque seguía siendo tan inocente como cuando niña.

Al verla ya tan crecida, su madre intentó convencer al Indiano de que debían dejar aquel solitario

lugar e irse a vivir a la aldea o a otra población mayor, donde la chica pudiera encontrar un buen novio. Pero el Indiano siempre se oponía a aquel proyecto. Decía que en Silveria había aún algo dormido, y que sería muy cruel despertarla de su sueño lanzándola tan bruscamente a la tierra. Además, no había ninguna prisa. Siempre que se lo propusiese, los novios acudirían a Silveria a bandadas, como los gorriones al trigo.

Convencida o no, la mujer cedió a los razonamientos de su marido. Silveria siguió con aquella vida silvestre, alejada del trato con otra gente, como una paloma torcaz, como una escondida flor del desierto.

6

Una tarde de primavera, Silveria subió al castillo para ver al viejo Juan. Su sorpresa y su alegría fueron inmensas al saber que Ricardo había llegado la noche anterior, después de cinco años de ausencia.

Como en el pasado, apartó al criado, corrió escaleras arriba y se lanzó a la sala donde se encontraba el poeta. Recordando el saludo de aquella Nochebuena, exclamó:

—¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! El poeta se quedó

pasmado y mudo, como si de verdad un ángel hubiera ido a visitarle.

—¿Es que no me conoces? —preguntó Silveria.

Y se arrojó en sus brazos. Él la apartó suavemente, con un asombro y una admiración que Silveria no comprendía.

—¿Es que ya no eres mi hermano? —le preguntó.

Una nube de tristeza velaba el rostro de Ricardo, que a Silveria le pareció aún más hermoso que en los antiguos días.

El poeta tomó cariñosamente sus manos y le habló de cosas que ella no entendió del todo. Le contó que era muy desdichado, que su corazón se había marchitado, y que, por más que en sus largos viajes había buscado al Hechicero para que le devolviera su lozanía, no había podido encontrarlo.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Silveria y se deslizaron por sus mejillas. Deseando consolar al poeta, se acercó a él y empezó a hacerle caricias.

Ricardo la rechazó violentamente.

—¡No me toques! ¡No me beses! ¡Vete pronto de aquí!

Al no comprender el motivo de aquel aparente desdén, la muchacha se sintió profundamente ofendida y salió corriendo de allí.

Ricardo se quedó horrorizado al ver el efecto que su brusca reacción había causado. Se dijo a sí mismo que era un estúpido y salió en busca de Silveria. Pero

ya era tarde. La muchacha había desaparecido en el bosque. Ricardo vagó entre los árboles llamándola a voces, pero sólo el eco le respondía.

Llegó la noche, sin luna y sin estrellas. Dando vueltas y más vueltas, Ricardo fue a parar a la alquería.

«Tiene que estar aquí», se dijo. «Entraré, hablaré con sus padres, le pediré perdón a Silveria y le diré que no sólo no la desdeño, sino que soy suyo para siempre».

Al Indiano y a su mujer les sorprendió mucho recibir la visita del poeta, a quien sólo conocían de oídas. Los dos estaban muy preocupados, pues Silveria aún no había regresado. Ricardo les explicó lo sucedido. Entonces todos salieron al campo para buscar a la muchacha.

Pero Silveria no aparecía. El amanecer los sorprendió a todos cansados y desesperados. La madre creía que el Hechicero le había robado a su hija; el Indiano, que los lobos se la habían comido. En verdad parecía como si la tierra se la hubiera tragado.

Sondearon el fondo del estanque, pensando que había podido caer al agua, y enviaron avisos a las poblaciones más cercanas, pero todo fue en vano. No había ni rastro de Silveria.



Después de huir del castillo llena de rabia y de despecho, Silveria corrió sin parar, internándose en una parte del bosque que ni ella ni ningún otro ser humano había pisado jamás. Cuando por fin se detuvo, se dio cuenta de que se había perdido. Quiso volver atrás, pero a cada paso que daba se desorientaba más. La noche la sorprendió en medio de enmarañados matorrales.

Silveria no sabía lo que era el miedo, y aunque seguía estando muy enojada, sintió cierto deleite al verse rodeada de tinieblas en aquel misterioso rincón del bosque. Quizá el Hechicero se le aparecería allí.

Poco a poco, su enfado con el poeta se fue convirtiendo en compasión. Se dio cuenta de que su amigo tenía el corazón dolorido y le perdonó. El Hechicero era el culpable de aquel mal, y era él quien tenía que remediarlo.

Armándose de todo su valor, pronunció en voz alta un atrevido conjuro:

—¡Acude, Hechicero, para sanar a mi poeta y devolverle la felicidad!

Su voz se perdió en las tinieblas, sin que ni siquiera el eco le respondiera. El bosque y sus criaturas dormían en silencio.

Silveria siguió andando entre riscos y malezas por

un terreno cada vez más quebrado, hasta que por fin empezó a clarear. Estaba agotada. Se encaramó a una peña, buscó un lugar donde echarse y se quedó dormida. Soñó que, mientras su madre la enseñaba a leer, venían los genios del aire y se la llevaban volando para enseñarle a descifrar el libro de la naturaleza y revelarle, como a los poetas, sus secretos.

Cuando despertó, el sol resplandecía en lo alto. Se restregó los ojos y se encontró en una honda cañada. A su alrededor, los altos cerros limitaban el horizonte.

Con nuevas fuerzas, Silveria prosiguió su camino. Después de andar más de dos horas, encontró una estrecha senda que parecía frecuentada por seres humanos. La siguió, y al cabo de un rato, cuando subía una cuestecilla, oyó muy cerca los lastimeros aullidos de un perro. Apresuró la marcha, llegó a un altozano y vio, más abajo, un grupo de chozas. Junto a ellas, cinco mujeres desgredadas y mugrientas apaleaban a un perro. Una docena de chiquillos tiznados y harapientos celebraban con cruel alegría aquella atrocidad.

A cierta distancia venía corriendo un viejo de larga y blanca barba, con un cuchillo en la mano. Llevaba un violín a la espalda y estaba ciego. Viéndole venir, las mujeres se retiraron hacia las chozas. Los chiquillos se pusieron a tirarle piedras.

El ciego acudía para defender al perro, pero llegó tarde. El perro había muerto. El anciano se derrum-

bó sobre él y rompió a llorar desconsoladamente. Los chiquillos dejaron de apedrearlo, pero ellos y sus madres se pusieron a insultarlo, llamándole brujo, mendigo y hechicero.

En ese momento llegó Silveria, decidida a defender al anciano. Fue una suerte que aquella mañana los hombres estuvieran lejos de allí. Probablemente fueran bandidos o contrabandistas, y Silveria y el ciego habrían corrido grave peligro si se hubieran hallado en el campamento.

Silveria le arrebató el cuchillo al ciego, que no sabía esgrimirlo, y se dispuso a mantener a raya a aquella chusma. Sin embargo, el anciano le hizo ver que lo más prudente era retirarse.

64

—Vámonos, hija mía —le dijo—. Eres un ángel. Yo te indicaré el camino, y tú me llevarás hasta un lugar donde pueda aguardar en paz mi muerte, que ya se acerca.

En verdad, el viejo tenía toda la apariencia de un moribundo. Silveria, compadecida, le ofreció su brazo, y los dos echaron a andar.

Por el camino, el viejo le hizo sorprendentes confidencias.

—En cuanto me hablaste —le dijo—, te reconocí por la voz. Me pareció que oía a tu madre cuando, hace veinte años, engañándose a sí misma, me aseguraba que me quería y me halagaba con la esperanza de ser mi esposa. Luego, en mala hora, vino a la

aldea el Indiano, y tu madre se enamoró de él. Ya la he perdonado, pero en aquel tiempo... Muchas veces proyecté llevármela conmigo, pero mi honradez o mi cobardía me lo impidieron. Enloquecido, vagaba alrededor de vuestra alquería, ocultándome en el castillo. Atormentaba a tu madre haciéndole creer que yo era el Hechicero. Dios me castigó y me dejó ciego. Dejé de rondar la alquería, y desde entonces llevé una vida triste y errante, tocando mi violín y pidiendo limosna.

Las revelaciones del viejo repugnaron a Silveria, pero en su corazón pudo más la compasión, y decidió no abandonar a aquel desgraciado hasta dejarlo a salvo. Tampoco supo resistirse a sus insistentes preguntas. Silveria le contó su vida, su huida del castillo y su empeño de encontrar al Hechicero para que sanara al poeta.

Caminaban muy despacio, deteniéndose a menudo para que el viejo descansara. Llegó la noche, y el viejo dijo que todavía quedaba bastante por andar. Sacó de su zurrón una linternilla y varias velas, encendió una de ellas, la metió en la linterna y se la entregó a Silveria.

Cerca ya de la medianoche, oyeron el ruido del agua al despeñarse entre las rocas.

—Ya estamos cerca de mi casa —dijo el ciego—. Vivo en ella con mi hermana. Es una mujer de mal carácter. Odiaba a tu madre, así que es mejor que no

te vea. En cuanto lleguemos a la orilla del río, tendrás que dejarme. No me será difícil llegar a casa siguiendo la corriente. Tú debes ir río arriba. Llévate la linterna. Cuando llegues al nacimiento del río, si buscas bien, verás la entrada de una cueva. Entra en ella, llega hasta el fondo, y yo te aseguro que allí encontrarás al Hechicero.

Pronto llegaron a la orilla del río. El viejo desapareció en la oscuridad, y Silveria se quedó completamente sola.

8

66

Durante varias horas, Silveria remontó el curso del río. La garganta en la que éste había abierto su cauce se estrechaba cada vez más, y las cumbres de los cerros se elevaban, dejando ver menos cielo y menos estrellas.

Por fin amaneció, y la luz penetró en la hondonada. Las aves despertaron y saludaron al día con sus trinos.

Silveria llegó entonces al manantial. El agua brotaba con fuerza entre enormes peñascos. Los escarpados cerros se alzaban alrededor como paredes colosales.

La joven buscó con ansia la cueva. Apartando ramas y zarzas, dio finalmente con la entrada. Sin

vacilar un instante, penetró en la cueva, espantando a los búhos y murciélagos que allí anidaban.

Alumbrándose con la linternilla, siguió durante más de veinte minutos un tortuoso camino sin llegar al fondo de la cueva. Impaciente, volvió a gritar su conjuro:

—¡Acude, Hechicero, para sanar a mi poeta y devolverle la felicidad!

Nadie respondió a la invocación, que retumbó en los recodos de la cueva.

La última vela que ardía en la linterna chisporroteó y acabó de consumirse. Silveria quedó envuelta en las tinieblas más profundas. Siguió caminando a tientas por una cuesta cada vez más empinada. El techo de la cueva se hacía más bajo. Tenía que andar muy agachada, tocando el techo con las manos para no golpearse la cabeza.

De pronto notó en el techo madera en vez de piedra. Palpando con cuidado, descubrió que era un tablón sujeto por fuertes goznes. No tenía cerradura ni candados. Silveria subió los tres escalones en los que terminaba la cuesta, puso la espalda contra el tablón y empujó con todas sus fuerzas.

El tablón se resistía, pero acabó cediendo y girando sobre sus goznes. Por la ancha abertura entró la hermosa claridad del día.

Llena de contento, saltó fuera de la cueva y se encontró en un jardincillo abandonado, rodeado de

altas murallas. En un ángulo, bajo un pequeño arco, asomaban los primeros escalones de una estrecha escalera de caracol.

Silveria se lanzó hacia ellos y subió por la escalera hasta una puertecilla cerrada con llave. Contrariada por aquel obstáculo, golpeó la puertecilla con el puño.

Nadie acudía a abrir. Siguió golpeando, y empezó a repetir su invocación:

—¡Acude, Hechicero...!

No tuvo tiempo de terminarla. La puertecilla se abrió de golpe y Silveria vio delante a su poeta, lleno de la misma alegría que ella sentía.

68 Quiso repetir la invocación, y empezó a decir nuevamente:

—¡Acude, Hechicero...!

Pero tampoco pudo terminar. Ricardo le selló la boca con un largo beso y la ciñó apretadamente entre los brazos para que ya no se le escapase. Silveria le miró un instante con ternura y después cerró los ojos.

Al fin, en lo más íntimo y secreto de sus almas, Silveria y Ricardo habían encontrado al Hechicero. Y los dos lo conservaron toda la vida junto a ellos.

EL CABALLERO DEL AZOR

1

Hace ya más de mil años, había en lo más recóndito de los Pirineos una espléndida abadía de monjes benedictinos. El abad se llamaba Eulogio, y todos lo consideraban un prodigio de virtudes y de sabiduría.

Era aquella una época muy turbulenta. Los musulmanes dominaban casi toda España, salvo dos o tres pequeños reinos nacientes donde se refugiaban los cristianos. Para protegerse de los bandidos, de barones poderosos y desalmados y de las incursiones de los árabes, los monjes habían fortificado la abadía como un castillo inexpugnable y mantenían a su servicio centenares de hombres de armas.

Aquella abadía era un refugio de la cultura y el saber, al que acudían para instruirse muchos jóvenes de Francia y de la España cristiana. Allí aprendían de los monjes las artes de la paz y de la guerra, pues no pocos de ellos habían sido valerosos guerreros antes de retirarse del mundo.

En la abadía había siempre cincuenta novicios. Todos vestían el hábito de la orden benedictina, salvo en las horas destinadas a ejercicios caballerescos.

La mayoría pertenecía a la alta nobleza y se jactaba de ello, pero entre ellos había uno de oscuro origen. Seis años atrás había buscado refugio en la abadía, sin que nadie supiera de dónde venía. Era un muchacho español de carácter humilde, inteligente y aplicado en los estudios y ágil y fuerte en los ejercicios físicos. El abad le apreciaba tanto que el muchacho acabó despertando la envidia de los demás novicios, especialmente de los franceses. Lo trataban con desdén, se burlaban de él y lo insultaban. Él lo soportaba con tanta resignación que acabaron llamándole Plácido.

Una tarde de abril, después de vísperas, los novicios salieron del coro y fueron a pasar sus horas de recreo a un gran patio.

70

Los compañeros de Plácido, deseosos de humillarlo una vez más, lo rodearon. Dos de ellos, recordando el oscuro origen del muchacho, se lo echaron en cara e insultaron a su madre de la peor manera. Entonces, el que hasta entonces se había comportado siempre como un cordero se convirtió de repente en un bravo león. De un puñetazo derribó por tierra con la cara ensangrentada al primero que le había ofendido. Luego, apoyado contra el muro, siguió peleando él solo contra tres o cuatro.

Otro de los novicios, un joven de noble estirpe francesa, les dijo a los que peleaban con Plácido:

—Lo que hacéis es de cobardes. Dejadme a mí solo. Yo le castigaré como se merece. El francés se

lanzó sobre Plácido y ambos se enzarzaron en una tremenda lucha. Ninguno se mostraba dispuesto a ceder. Mal habría terminado aquel combate si no hubiera llegado precipitadamente el abad para separarlos. Después de reprender severamente a los novicios, ordenó a Plácido que le siguiera.

—En vano esperaba, hijo mío —le dijo el abad en su celda— que un día pudieras sucederme en el gobierno de esta abadía. Sé todo lo ocurrido y no me atrevo a culparte. Pero está visto que Dios no te quiere para la vida contemplativa. Además, el joven con quien luchabas pertenece a una familia rica y poderosa. Después de enfrentarte a él, no es conveniente que sigas aquí. Por tu bien debo pedirte que abandones inmediatamente la abadía. Pero no te irás con las manos vacías y sin una prueba de mi afecto. Toma esta bolsa llena de oro. El capitán de los arqueros tiene orden mía de entregarte el mejor corcel de nuestras caballerizas. Revístete de tus armas, monta a caballo y vete.

Con lágrimas en los ojos, Plácido besó las manos del abad. Éste lo abrazó y le dio su bendición.

Dos horas después, Plácido cabalgaba por un sendero poco frecuentado que serpenteaba junto a un arroyo entre espesos pinares y altas montañas.

En medio de aquella soledad, Plácido recordó cómo seis años atrás lo habían expulsado con dureza de otro refugio.

Desde muy niño, se había criado en el castillo de don Fruela, poderoso señor de la montaña. Allí lo habían recogido por caridad como hijo de padres desconocidos. Doña Aldonza, la mujer de don Fruela, lo crió amorosamente junto a su propia hija, Elvira.

Los dos niños se querían como hermanos. Hasta la edad de ocho años, jugaron, aprendieron y crecieron juntos. Pero un día, don Fruela ordenó a su mujer que alejase a aquel niño de su hija. Doña Aldonza cumplió las órdenes de su marido, aunque no hasta el extremo de impedir que los dos niños se viesen y hablasen alguna vez.

El alejamiento produjo el efecto contrario al que don Fruela deseaba, y el cariño que los dos se tenían se convirtió en adoración.

Un día, cuando ambos habían cumplido ya catorce años, salieron de caza con don Fruela y sus hombres. El caballo de Elvira se desbocó y se perdió en el bosque. Plácido fue tras él y lo alcanzó en el momento en que el corcel tropezaba y tiraba al suelo a su dueña. El muchacho se apeó con ligereza y la levantó en sus brazos.



Sin saber muy bien qué hacían, quizá impulsados por los espíritus del bosque, acercaron sus rostros y se dieron un beso. Por un breve instante, Plácido se creyó transportado al paraíso. Pero la cruel realidad le demostró en seguida que estaba sobre la dura tierra.

Una lluvia de latigazos cayó sobre su espalda. Don Fruela le había sorprendido y estaba furioso. Su jauría y sus monteros se acercaban. Plácido no pensó en el peligro ni en su inferioridad. Humillado por los latigazos, se lanzó contra don Fruela con su venablo en la mano. Entonces Elvira se interpuso entre los dos.

Plácido dejó caer al suelo el venablo. La humillación le llenaba los ojos de amargas lágrimas.

Don Fruela, lejos de apiadarse, le azuzó los perros y ordenó a los monteros que acabaran con él.

—¡Sálvate, Plácido, sálvate! —rogó Elvira—. ¡Mi cuerpo te servirá de escudo!

Plácido se dio cuenta de que era imposible defenderse. Temió más por la vida de Elvira que por la suya.

—Ser su padre te ha salvado la vida —le dijo a don Fruela—. Ahora huyo, pero tal vez un día vuelva a buscarte y a exigirte su mano como única reparación.

Luego desapareció entre la espesura.

Tras la huida, Plácido se refugió en la abadía. Jamás olvidó aquella humillación, pero ocultó su recuerdo en lo más hondo de su corazón. Su humildad y el

horror a volverse contra el padre de Elvira le hicieron abandonar el deseo de venganza, hasta el día en que el insulto hecho a su madre despertó de nuevo su fiereza.

Arrojado de nuevo al mundo, con la fuerza de sus veinte años, bien armado y montado en un magnífico corcel, decidió volver al castillo de don Fruela para pedirle cuentas.

3

Confiando en Dios, en la justicia y en su propio valor, Plácido llegó a la puerta del castillo en el que había pasado su niñez.

75

Encontró todo muy cambiado. Aunque era mediodía, no había hombres de armas ni campesinos. Alrededor todo era soledad y silencio. Sobre la puerta, el escudo de piedra estaba cubierto de un negro paño de luto.

Dentro del castillo sólo halló a un anciano criado que le ayudó a desmontar. Por él se enteró de la tremenda desgracia que se había abatido sobre aquella familia.

Don Fruela estaba en la corte de Oviedo. Don Raimundo, el noble más poderoso de palacio, le había acusado de alta traición, y él había apelado al

juicio de Dios. Tres caballeros de la casa de don Raimundo estaban dispuestos a sostener la acusación contra los defensores de don Fruela. Pero don Raimundo era tan temido, y don Fruela tan odiado por su increíble soberbia, que nadie acudía a defenderle. Sólo faltaban tres días para que el plazo expirase. Después, don Fruela sería condenado a muerte. De nada servirían los ruegos de doña Aldonza y doña Elvira, que también habían acudido a Oviedo para echarse a los pies del rey.

Al saber todo esto, el rencor de Plácido se transformó en piedad. El muchacho decidió convertirse en defensor de quien tan cruelmente le había ofendido.

76

Antes de partir para Oviedo, el anciano servidor le contó lo mucho que doña Aldonza y doña Elvira habían pensado en él durante su ausencia. También le dijo que habían dejado un presente para él, si por ventura aparecía por el castillo.

El anciano fue a buscarlo y se lo entregó. Era un escudo redondo. En él, sobre fondo azul, figuraba un azor, con la cabeza cubierta por el capirote, sujeto a una blanca mano que parecía de mujer.

—Tú tienes grabado en el hombro derecho —le dijo el anciano— un azor como el del escudo. Por esa marca serás un día reconocido, y entonces se sabrá quiénes son tus padres y cuáles son tus apellidos. Mientras tanto, mi señora y su hija te declaran y

apellidan Caballero del Azor. Que Dios te conceda, Caballero del Azor, la fortuna que ellas y yo te deseamos.

4

Tres días después, poco antes de que expirase el plazo, sonaron en Oviedo las trompetas, y en el terreno donde debía celebrarse el combate entró el Caballero del Azor con la visera bajada y la lanza en ristre.

Con voz alta y sonora, proclamó la inocencia de don Fruela, llamó calumniadores a los que le acusaban y retó a los tres campeones de don Raimundo a enfrentarse con él, juntos o de uno en uno. Los campeones fueron apareciendo sucesivamente. Los combates fueron muy cortos. En menos de media hora, con pasmosa destreza, el Caballero del Azor les hizo morder el polvo.

En medio de las aclamaciones de la multitud, el Caballero del Azor fue llevado ante el rey. Éste lo aguardaba en compañía de su hermana, la infanta doña Jimena. Doña Jimena era una mujer muy desventurada. Su amado, el conde de Saldaña, llevaba veinte años preso por orden del propio rey.

—Caballero del Azor —dijo la infanta antes de que el rey hablase—, ¿por qué llevas ese azor en el escudo?

—Lo llevo, mi señora —contestó Plácido— porque tengo estampada la misma marca en el hombro derecho.

Doña Jimena miró entonces con ternura el rostro de Plácido, y le pareció idéntico al de su amado conde de Saldaña veinte años atrás. Sin poder contenerse, se acercó al joven, lo abrazó y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

También el rey estrechó al joven entre sus brazos, y le dijo:

—Te reconozco. Eres mi sobrino Bernardo. Por tu hazaña te concedo el señorío del Carpio y el perdón para tu padre, que saldrá de prisión y será el legítimo esposo de mi hermana.

Entonces se averiguó que había sido el poderoso don Raimundo, desdeñado pretendiente de doña Jimena, quien, para vengarse, hizo que robaran al niño Bernardo y ordenó que lo mataran. Pero sus sicarios se compadecieron del pequeño y lo abandonaron ante la puerta del castillo de don Fruela.

El rey cumplió su promesa y liberó al conde de Saldaña, padre de Bernardo. Durante cinco días se festejaron en Oviedo las bodas de Bernardo del Carpio y Elvira y del conde de Saldaña y doña Jimena. En cuanto a don Raimundo, el rey lo hizo ahorcar por las muchas maldades que, como entonces se descubrió, había cometido.

Bernardo fue muy feliz con Elvira, y ambos vivieron siempre muy enamorados.

Por los antiguos romances sabemos que la lucha interrumpida por el abad Eulogio en el monasterio de los Pirineos se reanudó años después no lejos de allí, en Roncesvalles. Y terminó con la muerte del famoso paladín Roldán —pues no era otro el novicio con quien Plácido había luchado—, ahogado entre los hercúleos brazos de Bernardo del Carpio, el Caballero del Azor.

LA MUÑEQUITA

Hace ya muchos siglos, en la capital de un reino cuyo nombre no hace falta saber, vivía una viuda pobre que tenía una hija de quince años, hermosa como un sol y cándida como una paloma. La inocencia y la belleza de aquella muchacha eran para su madre la joya más preciada. Jamás las hubiera cambiado por todos los tesoros del mundo.

80 Lo que madre e hija ganaban hilando apenas les daba para mantenerse. Muchos jóvenes caballeros se acercaban a la madre para ofrecerle una vida mejor si aceptaba hablarle a su hija bien de ellos. Pero la madre, que sabía que aquellos jóvenes sólo pretendían aprovecharse de su pobreza, les decía a todos que no.

Un día, la fama de aquella hermosa muchacha llegó a oídos del rey. Era un rey joven y apasionado, acostumbrado a hacer siempre su voluntad. Quiso ver a la muchacha, y en cuanto la vio, se encaprichó de ella. Entonces envió a su gran chambelán, un hombre astuto y sinuoso como una serpiente, para que hablara con la madre y despejara cualquier obstáculo prometiéndole que su hija y ella nadarían en un mar de riquezas. Pero la madre se dio cuenta de que las intenciones del rey no eran distintas de las de los demás pretendientes de su hija y se mostró firme como una roca.

—Si su majestad quiere venir a mi casa con el cura —le dijo al chambelán—, mi hija tendrá mucho gusto en ser su reina y esposa. Pero si lo que pretende es burlarse de nuestra pobreza, decidle que está muy equivocado.

La respuesta de la viuda dejó a todos muy sorprendidos, pues estaban acostumbrados a que los reyes y los nobles se salieran siempre con la suya. Tan grande les pareció a todos el atrevimiento de negarse a cumplir los deseos de su majestad que decidieron que la viuda y su hija estaban chifladas y les pusieron mote como ‘las reinas andrajosas’, ‘las arrogantes hambrientas’ y otras cosas por el estilo.

En cuanto madre e hija ponían el pie en la puerta de su casa, la gente les silbaba y se burlaba de ellas.

—Ahí va la Reina —decían las comadres cuando las veían pasar—. Mirad qué estirada y qué majestuosa. ¿Cómo puede ir tan tiesa con el estómago vacío?

Al oír frases tan crueles, la muchacha enrojecía y se echaba a llorar. Sin embargo, tanto ella como su madre soportaban pacientemente las burlas y la pobreza sin desearle mal a nadie, y ni siquiera lamentaban haber perdido una buena ocasión de hacerse ricas.

Pronto la gente dejó de darles trabajos para hilar, y la viuda y su hija se tuvieron que ir al campo para ganarse la vida recogiendo aceitunas o aceptando tareas aún más duras. Los rayos del sol tostaban el

rostro de la muchacha, sus blancas y delicadas manos se encallecían y su corazón se entristecía al oír cómo también allí se burlaban de ella llamándola ‘la Reina’.

Un día, mientras arrancaba con una pequeña azada las malas hierbas de un sembrado, desenterró una muñequita. Era una muñeca muy vieja. Estaba sucia y estropeada y ni siquiera tenía ropa. Cualquiera otro la hubiera arrojado al suelo, pero la muchacha la miró con compasión. Era una joven tan dulce que no sólo amaba a todo el mundo, sino que su amor se extendía a los seres que parecen inanimados: a las flores, a los árboles, a las estrellas, a las nubes y hasta a las chinitas del río. Así que tomó en brazos a la muñeca y se la llevó a su casa. Allí la lavó y la peinó, le cosió los desgarrones con la misma ternura con que se curan las heridas y le hizo un vestido con los retales más limpios y bonitos que pudo encontrar.

Tan linda estaba la muñequita con aquella ropa que se diría que su boca sonreía agradecida a su nueva dueña. La muchacha la abrazaba, le hablaba y la acostaba con ella en su cama. La trataba, en fin, con tanto mimo que la muñeca se acabó animando, perdió la timidez y empezó a hablar por las noches con su dueña, con mucho cuidado de no despertar a la viuda, que dormía en la cama de al lado. A veces pedía algo de comer, y la muchacha le buscaba lo mejorcito que podía encontrar en la casa.



Todo esto puede parecer sobrenatural, pero es que para la muchacha lo natural y lo sobrenatural eran la misma cosa, así que nada de aquello la extrañaba. Quien sí se sorprendió, y mucho, fue su madre una noche que se quedó desvelada. Al oír hablar a la muñeca, pensó que debía de ser cosa del diablo, y decidió pegarle fuego en cuanto amaneciese. Y así lo habría hecho si las lágrimas y ruegos de su hija no la hubieran ablandado. La muñeca se salvó de las llamas, pero la viuda obligó a su hija a deshacerse de ella.

Con mucha pena, la muchacha le llevó la muñeca a una primita suya más pequeña. Le rogó que la cuidase mucho, que le hablase y que le diese de comer. La primita le prometió que así lo haría. La muchacha se quedó más tranquila, aunque de vez en cuando iba a visitar a su muñeca para llevarle golosinas.

Aún no había pasado una semana cuando sucedió algo bastante extraordinario, aunque, en cierto modo, previsible en una muñeca capaz de alimentarse. Una noche, cuando la primita ya se había acostado con la muñeca, ésta pidió con voz muy clara lo que los niños pequeños se suelen hacer encima. La primita la llevó al sitio que le pareció más adecuado, y se quedó pasmada al ver que lo que la muñequita hacía allí era oro puro, en granos no precisamente pequeños.

A la mañana siguiente, en cuanto la madre de la primita vio el oro, se despertó en ella la codicia. Sin decirle nada a nadie, fue al mercado, compró las cosas más ricas que pudo encontrar y atiborró con ellas a la muñeca. Aquella noche no le dejó a su hija dormir con ella, sino que la acostó en su propia cama.

A medianoche, la muñequita pidió lo mismo que había pedido la noche anterior. La mujer, que esperaba el oro con impaciencia, le contestó:

—Hazlo ahí, mi amor.

No bien lo dijo, la muñequita empezó a hacerlo, y muy abundante. Pero cuál no sería el enfado de aquella mujer avariciosa cuando vio y olió una materia muy distinta de la que esperaba. Furiosa, agarró por una pierna a la muñeca, la golpeó contra las paredes y, finalmente, la arrojó por la ventana con tanta fuerza que la pobre muñequita voló por el aire y fue a caer dentro del corral del palacio.

A la mañana siguiente, el rey, que se había despertado con el estómago revuelto, bajó al corral para aliviarse un poco, y la casualidad o la providencia quiso que se agachara justo encima de la muñequita. Al verse importunada de aquella manera, la muñeca le tiró un bocado feroz.

¡Qué alarido soltó el rey! Creyendo que era algún bicho lo que le mordía, salió corriendo y gritando hacia palacio. Los cortesanos lo llevaron a la cámara real y lo tendieron en su lecho. Acudieron todos sus

cirujanos, pero ninguno pudo conseguir que la muñequita soltase su presa. El rey no dejaba de dar gritos, y a cada momento se sentía peor. Todos empezaron a temer por su vida.

Entonces se hizo público un bando en el que se decía que el rey, arrepentido de sus caprichos, prometía que si alguien lograba curarle de aquella extraña dolencia que no le dejaba sentarse en su trono, recibiría la mayor de las recompensas. Y si quien le liberase de la odiosa muñeca fuera una mujer, ya fuese noble o plebeya, el rey se casaría con ella y la convertiría en reina.

86 Fueron muchas las personas que acudieron al palacio atraídas por el premio prometido, pero ninguna logró hacerse con él. Al final, la muchacha de la que todos se burlaban decidió ir a ver al rey, más por compasión que por el deseo de ser reina. En cuanto vio a la muñequita, la acarició y le habló cariñosamente, y entonces la muñeca soltó lo que tan apretado tenía.

El rey cumplió su palabra, y los que por burla llamaban reina a la muchacha tuvieron que llamarla reina de veras. A la viuda le dieron el título de alteza serenísima, y al gran chambelán lo pasearon por la ciudad a lomos de un burro y emplumado.

En cuanto a la muñequita, cumplida aquella misión, dejó de hablar, de morder y de tener necesidades impropias de una muñeca. Aún así, la reina la

conservó a su lado, vestida con los más ricos trajes. Y todavía hoy, después de tantos siglos, es posible contemplarla en el museo de la capital donde estas cosas sucedieron.

LA REINA MADRE

1

En un pequeño pueblo de la provincia de Córdoba vivían un labrador joven y su mujer, que era la muchacha más linda en cuarenta o cincuenta leguas a la redonda. Su pelo era rubio como el oro, y sus mejillas parecían amasadas con leche y rosas.

Marido y mujer se idolatraban. Hacía poco tiempo que estaban casados, y aún no tenían hijos. Los dos eran tan simpáticos que tenían multitud de amigos en el vecindario.

88

El día en que el marido cumplió treinta años, ambos quisieron celebrarlo agasajando a sus amigos más íntimos con un opíparo festín. Acababan de hacer la matanza de un cerdo, así que tenían exquisitas morcillas y lomo en adobo. Además, habían criado y cebado una magnífica pava. La mujer la preparó, la rellenó con los menudillos, con castañas, piñones, especias y condimentos y la cocinó en una enorme cazuela.

Los invitados, muy puntuales, llegaron a las nueve de la noche. Los amables esposos los recibieron en la amplia cocina de la casa con la mesa ya dispuesta, cubierta de blancos y limpios manteles y adornada con flores y frutas.



La comida aguardaba en el hogar, sobre el rescol-do, para que no se enfriase ni se quemase. La mujer había dejado que el fuego se apagase, y sólo había algunas brasas y cenizas.

Aquella noche hacía mucho frío. En la calle caía abundante nieve, y los invitados habían llegado casi tiritando y con la ropa algo mojada. Para que se encontraran a gusto, la mujer decidió encender un buen fuego. Fue al corral, trajo algunos palos de olivo y los puso en el hogar, muy bien colocados para que ardiesen. Pero la madera estaba húmeda, y por más que la mujer se esforzaba, no ardía.

90 Como no tenían fuelle con que agitar el aire, se agachó y comenzó a soplar con fuerza, pero ni así consiguió que la llama se levantase. Enojada, sopló aún más fuerte, pero tampoco logró su propósito.

Apretó, por último, mucho más el soplo, e hizo un esfuerzo tan grande que el aire tomó una dirección completamente opuesta y salió por un respiradero muy distinto, con una fuerza tan tremenda que retumbó en la estancia como un cañonazo.

Los invitados no pudieron dejar de oír aquella música estrepitosa y de comprender el oculto instrumento que la producía, e incapaces de contenerse, prorrumpieron en estruendosas carcajadas.

La buena mujer sintió una vergüenza espantosa. Desesperada, exclamó:

—¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

Y así sucedió: la tierra se abrió y se tragó a la mujer. La risa de los invitados se convirtió en asombro y en lamentos. El marido, desolado, buscaba a su mujer y no podía encontrarla.

2

La mujer tragada por la tierra se encontró de repente a la puerta de una rica y populosa ciudad donde todo era alegre y luminoso. Los habitantes paseaban por calles y plazas vestidos con trajes tan elegantes como caprichosos. Una suave música sonaba por todas partes.

91

Admirando las pintorescas fachadas de las casas, las esbeltas torres de los palacios y las graciosas cúpulas de los templos, la mujer llegó hasta una magnífica plaza en el centro de la ciudad. Allí la gente empezó a agruparse a su alrededor para mostrarle su respeto y su cariño. Echaron los sombreros al aire y empezaron a gritar con entusiasmo:

—¡Viva la reina madre! ¡Viva la reina madre!

De pronto aparecieron soldados, caballeros y un grupo de altos dignatarios que llevaban sobre unas andas lo que parecía un trono portátil. Aquellos ilustres personajes le hicieron mil reverencias, la revistieron de una larga y vistosa túnica y de un manto dorado y colocaron una corona sobre su cabeza. Después

la sentaron en el trono portátil y la llevaron en procesión al palacio más bello de la ciudad.

Subieron todos la monumental escalera entre dos filas de coraceros de la guardia y recorrieron una larga serie de dorados salones hasta llegar al salón del trono. En él estaba sentado, con corona y cetro, un joven muy guapo, robusto y alegre. Apenas vio entrar a nuestra heroína, descendió del trono y corrió a estrecharla entre sus brazos, cubriéndole el rostro de besos.

—¡Adorada madre mía —exclamó—, en buena hora tus generosas entrañas me concibieron y te dignaste a lanzarme al mundo, con tan poderoso aliento vital y tanta excelencia entre los de mi categoría que no han podido menos que reconocermelo como amo y señor y coronarme rey de esta vaporosa monarquía!

Tras este cariñoso desahogo de su majestad retumbante, la reina madre fue obsequiada con un espléndido banquete. En la sobremesa, arrullada por una dulce música, la reina madre se quedó dormida. Cuando se despertó, se halló de nuevo en su casa, en la cama, al lado de su marido. Entonces pensó que todo lo que había visto era un sueño. Sin embargo, pronto tuvo ocasión de convencerse de que había sido realidad.

Se levantó y fue a la despensa a buscar unas habichuelas para la comida de aquel día. Se alimentaba con tanta frecuencia de este explosivo comestible que

a él atribuía el percance de la noche anterior. ¡Cuál no sería su sorpresa y su regocijo cuando, al ir a coger las habichuelas, se encontró con que todas eran de oro finísimo! Sobre ellas, a modo de tarjeta, había una placa, también de oro, en la que se leía, escrito con letras de diamante:

«El rey y emperador de Eolia occidental, en prueba de agradecimiento a su querida reina madre».

No hace falta decir que, de allí en adelante, el joven matrimonio protagonista de esta historia vivió en medio de la mayor opulencia.

3

93

La mujer a la que conocemos con el título de reina madre tenía una amiga de la infancia a la que amaba de todo corazón. La amiga, sin embargo, era una mujer envidiosa y codiciosa que no se merecía su cariño. Cuantos más regalos e invitaciones le hacía la reina madre, más enflaquecía ella y más verde se iba poniendo de envidia.

Con astucia y disimulo, la amiga logró que la reina madre le explicase el origen de su repentino bienestar. En cuanto lo supo, se dijo:

—¡Pues yo no he de ser menos!

Así que invitó a sus vecinos a un festín, y cuando todos estuvieron sentados a la mesa, se agachó y se

puso a soplar el fuego con fuerza. Pero le sucedió al revés que a la reina madre: conseguía avivar la llama, y en cambio, no lograba hacer sonar el instrumento por mucho que apretara.

Siguió apretando con un esfuerzo desesperado y finalmente logró producir un sonido débil, lánguido y miserable.

Entonces dijo:

—¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

Sucedió entonces un prodigio no menor que con la reina madre. La tierra se abrió y se tragó también a la amiga.

A partir de aquí, lo que le ocurrió fue muy diferente.

94

La amiga se encontró fuera de la ciudad del rey de Eolia. Los guardias que defendían la puerta le llamaron ruin y miserable y no la dejaron entrar.

Un tropel de mendigos sucios y harapientos la rodeó y se la llevó entre insultos y empujones a un estercolero. Allí yacía una criatura feísima y canija que inspiraba tanto asco como compasión. Este pequeño monstruo se abalanzó sobre la amiga envidiosa, se le colgó al cuello y empezó a besarla, cubriéndole el rostro de babas.

—¡Oh ilusa madre mía! —le dijo—. Avergüénzate al contemplar en mí el vil engendro de tu envidia y de tu codicia. Ya verás cómo pronto recibes tu merecido.

El susto y la repugnancia hicieron que la infeliz mujer se desmayase. Cuando volvió en sí se encontró

de nuevo en su casa, pero lo que vio allí la llenó de horror. Una gran parte del estercolero se había trasladado a su casa como por encanto, y en medio de aquella basura bullían y se agitaban millares de sapos, culebras y cucarachas.

Así castigó Eolo, rey de los vientos, la envidia y la codicia de la amiga, como había premiado antes la generosidad y la sencillez de la reina madre.

EL SEÑOR NICHTVERSTEHEN

Con un rico cargamento de vinos generosos, higos, pasas, almendras y limones, una goleta mercante española llegó a Hamburgo procedente de Málaga. El patrón, el piloto y el contramaestre conocían muy bien su oficio, pero de todas las demás cosas justo es señalar que sabían muy poco o nada. Por suerte, iba a bordo de la goleta, como secretario del patrón, un malagueño muy listo. Apenas había ciencia ni arte de la que no tuviera algunos conocimientos, ni idioma que no entendiese y hablase con corrección y soltura.

96

Había en el puerto multitud de buques de todas las clases y tamaños, y entre ellos resplandecía, provocando la admiración y la envidia de los españoles, un enorme navío construido con maravillosa perfección, lujo y elegancia.

Los españoles tuvieron curiosidad de saber quién era el dueño de aquel navío, y encargaron al secretario que se lo preguntase a algunos alemanes que habían subido a la goleta.

El secretario lo preguntó, y luego les dijo a sus paisanos:

—El buque es propiedad de un poderoso comerciante y naviero de esta ciudad, llamado Nichtverstehen.

—¡Qué feliz y qué rico ha de ser ese caballero! —dijo el patrón con envidia.

Bajaron luego a tierra y se pusieron a pasear por la ciudad, admirando la grandeza y esplendor de los edificios.

A través de una reja de oro, en el centro de un parque lleno de frondosos árboles, contemplaron uno de los más suntuosos palacios que habían visto en su vida. Encargaron al secretario que preguntase quién era el dueño de aquel palacio.

El secretario se acercó a un hombre que pasaba por allí, le preguntó y volvió con sus compañeros.

—El palacio —les dijo— pertenece también al señor Nichtverstehen.

Siguieron paseando por las calles, fijándose en la gente que pasaba a pie, a caballo o en coche, y en no pocas hermosas mujeres que cautivaban su atención. Una de ellas los dejó especialmente embelesados, pues era un prodigio de belleza, joven, rubia y tan majestuosa como una emperatriz. Iba sentada en una reluciente coche de caballos del que tiraban dos briosos purasangres.

Deslumbrados por la aparición de aquella mujer, quisieron saber quién era. El secretario fue a preguntarlo y volvió diciendo:

—Es la mujer del dueño del buque y del palacio. Es la señora Nichtverstehen.

El patrón, el piloto y los demás españoles se morí-

an de envidia. Para consolarse de no ser tan afortunados como el señor Nichtverstehen, alquilaron dos coches y se fueron a pasear por los floridos alrededores de Hamburgo.

Durante el paseo, la admiración y la envidia de los de la goleta siguieron creciendo. La cosa no era para menos. Vieron una magnífica fábrica de tejidos, preguntaron quién era el propietario y supieron otra vez, por medio del secretario, que era el señor Nichtverstehen.

Después admiraron una suntuosa quinta rodeada de bosques y jardines, con enormes invernaderos llenos de plantas de climas cálidos y jaulas en las que
98
bramaban, gruñían y cantaban multitud de fieras y de aves. Con asombro supieron que aquel retiro campestre era también propiedad del señor Nichtverstehen.

—Debe de ser un riquísimo potentado —decía el piloto.

—Lo que posee valdrá muchos millones de florines —añadía el patrón.

—¡Quién fuera el señor Nichtverstehen! —exclamaban los demás a coro.

Maravillados, volvieron a la ciudad y prosiguieron su paseo a pie.

De pronto la calle se llenó de gente.

—¿Qué ocurrirá? —se preguntaron los españoles. Se trataba un entierro muy lujoso.



El secretario, como ya tenía por costumbre, fue a preguntar a quién llevaban a enterrar. Luego volvió con sus compañeros y les dijo con mucha gravedad:

—En este mundo, toda gloria es pasajera. De nada le han servido sus millones al señor Nichtverstehen. Era tan mortal como el pordiosero más miserable. Ahí lo tenéis, va dentro de ese ataúd.

Nichtverstehen, por cierto, significa en alemán ‘no entiendo’.

EL COCINERO DEL ARZOBISPO

En los antiguos buenos tiempos hubo en Toledo un arzobispo tan austero y penitente que ayunaba muy a menudo, y cuando comía, sólo probaba pescado, hierbas y otros alimentos de vigilia.

Su cocinero solía prepararle un modesto potaje de garbanzos y habichuelas, con el que aquel venerable siervo de Dios disfrutaba como con el plato más caro, exquisito y succulento. También es verdad que el cocinero condimentaba los garbanzos y las habichuelas de una forma tan especial que parecían un manjar muy superior.

Por desgracia, el cocinero tuvo una terrible discusión con el mayordomo y fue despedido. Vino otro cocinero y se esforzó todo lo que pudo para agradar al arzobispo, pero éste encontró su potaje tan detestable que mandó que lo despidieran y contrataran a otro.

Así fueron entrando sucesivamente ocho o nueve cocineros, pero ninguno acertaba a condimentar el potaje al gusto del arzobispo, y todos tenían que largarse.

Entró, por último, un cocinero más avisado, que tuvo la buena idea de ir a ver al primero para suplicarle que le explicara cómo hacía aquel potaje. El primer cocinero fue generoso y le reveló su secreto.

El nuevo cocinero siguió con exactitud las instrucciones de su antecesor, condimentó el potaje e hizo que se lo sirvieran al arzobispo. Éste lo probó, lo paladeó con deleite y exclamó entusiasmado:

—Gracias sean dadas al Altísimo. Por fin hemos encontrado un cocinero que hace tan bien el potaje como el antiguo. Que venga aquí. Quiero darle las alabanzas que se merece.

Acudió el cocinero, y escuchó muy contento las alabanzas del arzobispo. Y como era un hombre sincero, franco y escrupuloso, quiso demostrar que sus virtudes morales no se quedaban detrás de sus habilidades culinarias.

102

—Excelentísimo señor —le dijo al arzobispo—, con todo el profundo respeto que vucencia me inspira, me atrevo a decirle, porque lo creo mi deber, que el antiguo cocinero le engañaba. Ese potaje es una falsificación. No hay en él garbanzos ni habichuelas. Hay albondiguillas de jamón y pollo, riñoncitos de ave y criadillas de carnero. Ya ve vucencia que le engañaban.

El arzobispo miró entonces al cocinero con una sonrisa entre enojada y burlona, y le dijo:

—¡Pues engáñame tú también, majadero!

QUIEN NO TE CONOZCA, QUE TE COMPRE

No era posible hallar en toda Andalucía un sujeto más inocente y sencillo que el tío Cándido. Era además generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Había heredado de su padre un terreno, olivos y una casita en el pueblo y, como su mujer y él no tenían hijos, vivía muy bien. Tanto, que se había puesto muy gordo.

Solía ir a ver sus olivos en el hermosísimo burro que poseía. Pero como el tío Cándido era muy bueno y muy gordo, había tomado la costumbre de hacer parte del camino a pie para no fatigar demasiado al animal, al que llevaba detrás, asido del cabestro.

Un día, unos estudiantes le vieron pasar así de vuelta para su pueblo. Uno de ellos, que lo conocía, informó a sus compañeros de la peculiar manera de ser del tío Cándido y los incitó a gastarles una broma. Al más travieso del grupo se le ocurrió robarle el burro.

Puestos de acuerdo, dos de ellos se llegaron en silencio, aprovechando que el tío Cándido estaba profundamente distraído, y soltaron el burro del cabestro. Uno se llevó el jumento, y el otro, que se distinguía por su desvergüenza y soltura, siguió al tío Cándido con el cabestro en la mano.

Cuando el burro desapareció con los dos estudiantes, el que se había quedado asido al cabestro tiró de él. El tío Cándido volvió la cara, y se quedó pasmado al ver que en lugar del burro, llevaba detrás a un estudiante.

—¡Alabado sea el Todopoderoso! —exclamó el estudiante, después suspirar profundamente.

—Por siempre bendito y alabado —respondió el buen hombre.

—Perdóneme, tío Cándido —le dijo el joven—. Yo era un estudiante camorrista y poco aplicado. Cada día estudiaba menos. Mi padre, muy enojado, me maldijo diciéndome: «Eres un asno, y en asno deberías convertirte». Dicho y hecho. Al momento, sin poderlo remediar, me puse a cuatro patas y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma asnal, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha debido de interceder por mí ante Dios, permitiéndome recobrar mi figura de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia. Compadecido del estudiante, le perdonó el daño que la pérdida del burro le causaba y le dijo que corriera a presentarse ante su padre y a reconciliarse con él.

El estudiante se dio buena prisa en marcharse. Por su parte, el tío Cándido se volvió a casa sin burro, pero muy contento de su obra de caridad. No le contó a

nadie lo sucedido, porque el estudiante le había dicho que si lo hacía, volvería a convertirse en burro, o por lo menos la gente diría que lo seguía siendo, lo que le perjudicaría mucho en sus estudios.

Pasado algún tiempo, el tío Cándido fue a la feria de Mairena con el propósito de comprar otro burro.

Un hombre se le acercó, le dijo que tenía un burro para vender y le llevó a verlo.

Cuál no sería el asombro del tío Cándido cuando reconoció en aquel burro al mismo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante.

—Sin duda este desgraciado —se dijo el tío Cándido— ha vuelto a sus travesuras, y su padre le ha echado de nuevo la maldición. Míralo ahí, burro por segunda vez.

Luego se acercó al burro, y hablándole muy bajo a la oreja, le dijo:

—Quien no te conozca, que te compre.

LAS CASTAÑAS

Una linda beata salió muy temprano a misa el día de Difuntos. La noche anterior, como es costumbre en la fiesta de todos los Santos, había cenado gachas con miel y un montón de castañas cocidas.

Era muy temprano y la calle por donde iba estaba desierta, así que la beata, sin reprimirse e incluso con deleite, iba lanzando cierta clase de suspiros retumbantes. Cada vez que lanzaba uno, decía sonriendo:

—¡Toma castañas!

106

Seguía caminando, soltaba otros suspiros y exclamaba:

—¡Las castañas! ¡Las castañas!

Un caballero, enamorado de ella, solía seguirla a misa y hacerse el enconradizo. Aquel día iba el caballero tan silencioso que la beata ni le vio ni sospechó que viniese detrás, hasta que volvió la cara poco antes de entrar en la iglesia.

—¿Hace mucho que viene usted detrás de mí? — preguntó la linda beata muy sonrojada.

Y el caballero contestó:

—Señora, desde la primera castaña.

LA COL Y LA CALDERA

Un muchacho gallego, que trabajaba en una tienda de comestibles de Sevilla, era muy amigo de un calderero gitano. Cuando ambos salían a pasear, el gallego no paraba de contar lo fértil que era su tierra. Según él, sus frondosos bosques y sus verdes praderas, sus becerros y vacas, sus frutas y hortalizas valían mucho más que los áridos cortijos, las estériles llanuras y los sombríos olivares de Andalucía.

Un día, al comparar la pequeñez de las plantas andaluzas con la lozanía y descomunal tamaño de las de su tierra, el galleguito se dejó llevar por el entusiasmo. Llegó a hablarle a su amigo de una col que había crecido en el huerto de su padre, tan enorme que en verano una manada de carneros iba a sestar a su sombra.

Muy maravillado se mostró el gitano de la magnificencia de la col gallega, y tuvo que reconocer que el suelo andaluz era mucho menos fértil en lo que a coles se refería.

—Por eso —dijo el gitano—, los andaluces deberíamos prestar menos atención a la agricultura y dedicarnos a la industria, que empieza a estar en auge. Por ejemplo, hace poco vi en una ferretería de Málaga una caldera que estaban fabricando y que era verdaderamente un asombro. Figúrate que en un lado de la

caldera había unos hombres dando martillazos, y los que estaban en el lado opuesto no oían nada.

—Pero hombre —dijo el gallego—, ¿para qué iba a servir una caldera tan enorme?

—¿Para qué? —contestó el gitano—. Pues para cocer la col que tu padre ha criado en el huerto.

MILAGRO DE LA DIALÉCTICA

De vuelta a su pueblo, un joven estudiante quiso lucir sus conocimientos y su ingenio mientras almorzaba con sus padres. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato cogió uno y lo escondió.

—¿Cuántos huevos hay en el plato? —le preguntó a su padre.

El padre respondió:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro huevo y volvió a preguntar:

—Y ahora, ¿cuántos hay?

—Dos —respondió el padre.

—Pues entonces —dijo el estudiante—, dos que hay ahora y uno que había antes suman tres, así que en el plato hay tres huevos.

El padre se quedó maravillado. El sentido de la vista le decía que allí no había más que dos huevos, pero el razonamiento de su hijo era inatacable y le persuadía de que, en efecto, los huevos sumaban tres.

La madre decidió la cuestión de manera práctica. Puso un huevo en el plato de su marido, cogió otro para ella y le dijo a su sabio vástago:

—El tercero cómetelo tú.

A QUIÉN DEBE DARSE CRÉDITO

Llamaron a la puerta. El tío Pedro salió a abrir y se encontró con su compadre Vicentico.

—Buenos días, compadre. ¿Qué le trae por aquí?

—Pues nada, que, confiando en su amistad, he pensado que...

—Desembuche, compadre.

—Verá usted, he podado los olivos, tengo cinco cargas de leña que traerme a casa, y vengo a que me preste usted su burro.

—¡Cuánto lo siento, compadre! ¡Maldita casualidad! Esta mañana se fue mi hijo a Córdoba en el burro, y hasta dentro de seis o siete días no volverá. Si no fuera por eso, podría usted contar con el burro como si fuera suyo.

En ese momento el burro, que estaba en la cuadra, se puso a rebuznar con mucho brío.

—No creía yo, tío Pedro —le dijo su compadre muy enojado— que fuera usted tan cicatero como para engañarme. El burro está en casa.

—Oiga usted —replicó el tío Pedro—, aquí quien debe enojarse soy yo.

—¿Y eso por qué?

—Porque en vez de darme crédito a mí, se lo da usted al burro.

